TRES COMEDIAS

JACINTO BENAVENTE

Freeditorial

SIN QUERER

BOCETO DE COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

Estrenado en el Teatro de la Comedia el día 3 de marzo de 1901

REPARTO

Personajes	Actores
LUISA	Sra. Pino
UNA	Srta.
DONCELLA	Sampedro
PEPE	Sr. Benavente
DON MANUEL	» Rubio

En Madrid.—Gabinete elegante

SIN QUERER

ACTO ÚNICO

Escena Primera

Luisa, la Doncella y después Pepe

Doncella. ¡Señorita Luisa, señorita Luisa!

Luisa. ¿Ha subido?

Doncella. Sí.

Luisa. ¿Por la escalera de servicio? ¿No le ha visto nadie?

Doncella. Por la escalera de servicio. ¡Cómo se conoce que la señorita no está acostumbrada a estas cosas!... ¡Para llamar más la atención!...

Luisa. Es verdad; los porteros le conocen; y sobre todo, con quepapá no le vea... Corre, que pase,y ten mucho cuidado; en cuanto salga mi tío de hablar con papá, nos avisas...

Doncella. Descuide usted.

Luisa. Y no vayas a decir a nadie...

Doncella. ¡Señorita! Porque me haya usted oídocontar más de cuatro cosas que ha visto una... Tratándose de ustedya sé que esto no será ninguna trapisonda, aunque lo parezca.

Luisa. Por supuesto... Ya lo sabrás... Anda, no hagas ruido al

pasarpor el gabinete. (*Sale la doncella. A poco entra Pepe.*)

Pepe. ¡Luisita!

Luisa. ¡Chist! No digas nada, no levantes la voz, no te muevas... Tenemos que hablar; siéntate. No dejes el sombrero, no fumes... ¡Uf, qué humo! No dejes ahí el cigarro. Siéntate, hombre,siéntate. Ya supondráspor qué te he llamado de esta manera...

Pepe. Sí; supongo...

Luisa. No supones, lo sabes... Sabes que mi padre y el tuyo conferencian en este momento.

Pepe. ¿En este momento?

Luisa. Sí. Se han encerrado en el despacho. Y era urgente, preciso, que nosotros nos viéramos antes a solas, con toda libertad, para ponernos de acuerdo... Nuestros padres deciden allí; pretenden decidir de nuestro porvenir, disponer de nuestro corazón... Ya estás enterado; quieren casarnos.

Pepe. Sí; papá siempre me estaba diciendo: «Las bodas deben hacerse en familia; hay más probabilidades de acertar... En nuestra familia hay excelentes muchachas; debes fijarte en una de tus primas.» Pero la verdad, como sois veintitantas en la familia... era imposible fijarse...

Luisa. Papá estaba siempre con la misma canción; pero como el único primo casadero de la familia eres tú, cuando papá me decía: «Debes casarte con uno de tus primos», ya sabía yo que el primo eras tú. Comprende que hay mucha diferencia depoder escoger entre veintitantas ano tener dónde

escoger... Pero aparte de eso, la idea de nuestros padres es ridícula. ¿Por qué nos hemos decasar nosotros? ¿Me quieres tú a mí? ¿Te quiero yo a ti? Es decir, nos queremos... así, como buenos parientes... y eso es lo malo; mejor sería que no nos quisiéramos nada; yo creo que me sería más fácil quererte mucho de pronto no habiéndote querido nunca nada... Pero pensar ahora: «¡Ea!, voy a quererle más, debo quererle más.» ¿Por qué voy a quererte hoy más de lo que te quería ayer? Y, francamente, queriéndote hoy como te quería ayer, es un disparate que piensen que nos casemos mañana.

Pepe. Sí, es expuesto.

Luisa. Y vamos a ver, ¿qué te ha dicho tu padre? Supongo que antes de decidirse a hablar con el mío seriamente te habrá dichoalgo.

Pepe. Me ha dicho lo que me dice siempre que se enfada conmigo, cuando le pido dinero, cuando paga mis cuentas: «Ya es hora de queacaben las locuras.» Papá llama locuras a las cuentas de 500 pesetas para arriba... Ya ves, ésas son locuras del sastre, del camisero... «Es preciso que pienses en casarte...»

Luisa. Eso es; cuando el señorito da guerra en casa...

Pepe. Y tu padre, ¿cuándo piensa casarte a ti?

Luisa. ¡Ay! Siempre que nos toca el turno del Realy le obligo a dejar su partida de tresillo. Lo que eslas noches de tercer turno,no le importaríaverme casada con cualquiera. Y en papá se comprende ese afán... Viudo, con sus ocupaciones... Yo no puedo soportar a las ayas, ni a las

señoras de compañía; así es que vivo sacrificada, porque papá sólo se presta a acompañarme al teatro Real; eso sí, las noches que cantan La Walkyria ¡me da una lástima!

Pepe. Sí, tú, la verdad, sola con tu padre desde muy niña,ya debías haberte casado...

Luisa. ¿Ya? No dirás tú como papá, que me estoy pasando...

Pepe. ¡Qué disparate!

Luisa. No; es que como me pusieron de largo muy pronto, porque di un estirón a los catorce años, la gente cree que tengo más edad. Pero tú sabes...

Pepe. ¡Ay, si lo sé!Soy un viejo comparado contigo.

Luisa. Viejo, no; pero no estás paraperder el tiempo. Nuestros padres tienen razón; debemos casarnos; pero cada uno por su lado. ¿No te parece? No es que yo sea romántica (en toda mi vida habré leído dos novelas), ni que yo sueñe con ideales, ni con príncipes encantados; pero estas bodas, arregladas en familia, me parecen bodas de interés, de conveniencia... Un poco de poesía nunca está de más... Sobre todo, quenosotrosse puede decir que no nos conocemos. ¿Qué sabes tú de mí? ¿Qué sé yo de ti? Ni me ha importado nunca saberlo. ¿Sabes siquiera si yo he tenido algún novio?

Pepe. No, que yo sepa, y hemos ido juntos alguna vez a bailes y hemos pasado juntos todo un verano.

Luisa. Pues entonces tenía yo novio, ya ves, y ni siquiera te enteraste; eso prueba lo que te importaba.

Pepe. ¡Ah, sí, aquel majadero!... ¿Cómo había de importarme?

Luisa. Pues si me hubieras querido como pariente siquiera, debía haberte importado que yo tuviera relaciones con un majadero.

Pepe. Estaba seguro de quetienes demasiado talento para conocerlo y no casarte con él...

Luisa. Muchas gracias, pero sigues equivocado; estaba enamoradillade él, y él de mí, no se diga;¡y si vieras cuando un hombre se enamora de verdad, qué difícil es distinguir a un majadero de un hombre de talento!...

Pepe. No es verdad; un tonto no puede querer como una persona de talento, ni se le puede querer lo mismo.

Luisa. ¿Por qué no? Mira, a las mujeres lo que nos halaga es que por nuestro cariño se transformen los hombres en otros. El cariño es siempre revolucionario, y para el caso lo mismo da que diga la gente: «Fulanito,que era tan simple, cómo se va avispandodesde que usted le quiere.» O que diga: «Menganito, un hombre de tanto talento, ¡qué tonteríashace desde que se ha enamorado de usted!» Por eso yo no me casaría con un santo... ¿Qué iba yo a cambiaren un santo? Pero un hombre, así... algo extraviado... que se dejara convertir poco a poco. ¡Qué bonito! Querer a un hombre, casarse con él y, al poco tiempo, que aquel hombre sea otro hombre...

Pepe. Un marido de gran espectáculo, con mutaciones.

Luisa. Ahí tienes lo que me parece imposible contigo: porque tú no eres bueno ni malo, no tienes grandes defectos ni grandes virtudes. ¿Estoy equivocada?

Pepe. ¡Quién sabe, quién sabe!

Luisa. No; me pareceque contigo no hay sorpresas...

Pepe. ¡Quién sabe, quién sabe!

Luisa. ¿De veras? ¿No eres lo que pareces?

Pepe. ¡Quién sabe, quién sabe!

Luisa. ¡Ay! No seas pesado; dime ese secreto...

Pepe. Si yo no tengo secretos;digo, ¡quién sabe!, porque yo no sé nada.

Luisa. Pero tú, ¿no has querido nunca?

Pepe. Alguna vez.

Luisa. ¿Novia formal?

Pepe. No, muy loca.

Luisa. Digo,pensando en casarte.

Pepe. Pensándolo mucho.

Luisa. ¿Y por qué la dejaste?

Pepe. Porque me enteré de que quería a otro.

Luisa. Entonces di que la que te dejó fue ella.

Pepe. No, ella no quería dejarme; estaba también por las mutaciones, pero por otro sistema.

Luisa. ¿Y sentiste mucho aquel desengaño?

Pepe. ¡Ya lo creo! Fue cuando pasé aquella temporada en París para distraerme.

Luisa. Sí, es verdad. Vaya, vaya, parecióla novelita.

Pepe. Cuando tío Ramón fue a buscarme, comisionado por papá, porque le habían dicho que yo tenía allí amores.

Luisa. ¡Qué gracioso! Con una francesa... Y tío Ramón, quieras que no,te trajo de una orejita...

Pepe. A mí, no; adoptó el sistema más práctico, se la trajo a ella... En el teatro Japonés la tienescantando.

Luisa. ¡Pobrecito! Todas te dejan... Debes tener el corazón destrozado...

Pepe. No lo creas, fortalecido. Mis equivocaciones en la vida han sido engaños, no desengaños, y no me han entristecido ni me han vuelto desconfiado siquiera. Mi corazón está abierto de par en par.

Luisa. Esperando el cariño soñado, el ideal... ¿No es eso?

Pepe. Yo nunca he creído que el cariño..., el amor, en el lenguaje poético, sea la felicidad por sí solo; nos lleva dulcemente de la mano hasta la entrada; pero después el camino es penoso, y el amor, débil niño, tiene que transformarse en algo más serio, más fuerte, para seguir

adelante, en deber, en sacrificio...

Luisa. Está muy bien eso que dices... ¡Primera sorpresa!

Pepe. ¡Bah! Tantas sorpresas podíadarte, y tú a mí, y los dos a nosotros mismos... ¿Qué sabemos de la vida? ¿Cómo nos han educado? Con el sistema de los padres en España: de considerar a los hijos siempre como chiquillos; yo, en mi casa, soy siempre Pepito; tú, Luisita, siempre para tu padre: dos chiquillos de quiensólo se espera alguna travesura, de quien nada se toma en serio; nuestros caprichos, más o menos discutidos, satisfechos siempre; niños mimados por nuestros padres, mal dispuestos a ser maltratados por los demás en la vida. Cuando empecemos a vivir por nosotros mismos, pecaremos de osados o de tímidos; no sabremos ir con la tranquila seguridad que da la confianza en sí mismo, porque nuestros padres nos han dicho: «No seas así», o «Debes ser así»; pero «Así eres», nunca. Yo no sé cómo soy, y a ti te pasará lo mismo.

Luisa. Tienes mucha razón. No nos enseñan a conocernos. Y ahora, porque a nuestros padres se les antoja que todo se quede en casa,porque nos juzgan además incapaces de elegir por nosotros mismos, nos dicen, sin más ni más, «a casaros», y, de buenas a primeras, novios un par de meses, y asunto concluido, y después desgraciados para toda la vida... Si no estuviéramos de acuerdo para oponernos... Yo te confieso que no seré la primera en decir que no; tú debes ser quien...

Pepe. Me opondré.

Luisa. Dices que soy muy buena, muy bonita, todo lo que quieras; pero que no soy la mujer soñada... Tú tendrás tu

ideal, como todo el mundo. A propósito, ¿cómo es tu ideal?

Pepe. ¿Mi ideal? ¿Para mujer propia? Vas a reírte.

Luisa. ¿Rubia? ¿Morena? ¿Alta? ¿Bajita?

Pepe. No lo sé. Va vestida de gris; es lo único que puedo decirte.

Luisa. ¡Qué chifladura!

Pepe. Como en un cromo inglés que vi hace muchos años: una de esas escenas plácidas de pintura inglesa; una muchacha vestida de gris, que preparaba el *pudding* de Navidad, y a su lado, sentado, un joven, el esposo o el prometido, y alrededor unos gatos, y en el fondo unos viejos leyendo la Biblia; y al otro lado, por una puerta abierta a un jardín, unos niños muy rubios, jugando. Había no sé qué en aquel cromo, la escena, el color, un tono general que lo envolvía todo, el color de la dicha a que puede aspirarse en este mundo.

Luisa. ¿Color de rosa?

Pepe. No, agrisado; un tono muy dulce; la dicha que se sueña, sí es de color de rosa; la que puede lograrse, la de la vida, es siempre gris, el color de la melancolía resignada, de la tristeza bondadosa que sonríe y perdona y ama.

Luisa. Yo tengo un vestido gris, no sé si será de ese tono exacto; me lo pondré un día para parecerme a tu cromo inglés, digo, a tu ideal; será en lo único que me parezca.

Pepe. Y yo, ¿qué he de hacer para parecerme a tu ideal?...

Luisa. ¿A mi marido ideal? ¡Ay! Yo sé perfectamente cómo no ha de ser; pero cómo ha de ser no sabría decirlo.

Pepe. ¿Y cómo no ha de ser?

Luisa. De muchos modos. No creas, los defectos grandes no me asustan tanto como los pequeños, esos defectillos que hasta parecen gracias y son los más peligrosos para la intimidad de toda la vida. Por ejemplo: yo tengo una amiga que se ha casado con un muchacho ejemplar, un modelo, todo el mundo lo dice; pues el otro día estuvieron aquí de visita, y por un solo detalle me atrevo a pronosticar que no serían felices. Verás, parece una tontería; el marido le dijo a su mujer: «Merceditas, llevas un descosido.» Y se lo dijo de un modo que indicaba que en aquel matrimonio el marido sería siempre el primero que viera los descosidos.

Pepe. ¡Qué gracioso!

Luisa. Es que aquello sólo indicaba un cambio de papeles muy antipático. ¿Pues qué me dices cuando en un matrimonio es el marido el que tiene que advertir que se gasta mucho? ¡Qué cosa más fea cuando la mujer está a todas horas: «Yo compraría esto, yo tendría esto otro»; y el marido: «Que la vida es muy cara, que no podemos gastar tanto!...» En cambio, ¿hay nada más bonito para una mujer que, sin pedir nunca nada, verse obsequiada por su marido de cuando en cuando con cualquier regalito, y, disimulando mal la alegría, reprenderle cariñosa: «¿Por qué has comprado esto? No estamos para gastos; te habrán llevado un dineral, y es de muy buen gusto», aunque sea un mamarracho y sepamos que le ha costado tres pesetas?

Pepe. Sabes mucho...

Luisa. Es mi sistema con papá, y así consigo que siempre me esté regalando, algunas veces cosas horribles; pero ¡líbreme Dios de decírselo! Y lo mismo haría con mi marido. Hay mujeres tan mal educadas que cambian en las tiendas los regalos que las traen sus pobrecitos maridos, tan ufanos, creyéndolos del mejor gusto... Tú dirás que en qué cosas me fijo y a qué detalles doy importancia...

Pepe. No, no; estamos conformes... Yo también doy mucha importancia a los detalles... y pienso como tú...

Luisa. Así comprenderás que no estaba dispuesta a casarme contigo, ni con nadie, sólo por complacer a papá.

Pepe. Ni yo contigo; puedes creerlo.

Luisa. Creían, porque a ellos les conviniera... Afortunadamente, verán que los dos estamos de acuerdo, y no habrá desaire por parte de ninguno.

Pepe. Por mi parte, nunca lo hubiera habido; me hubiera presentado aquí como novio por no contrariar a papá, y hubiera hecho todo lo posible por parecerte mal.

Luisa. Pues hubiera sido un noviazgo famoso, porque yo pensaba también parecerte insoportable.

Pepe. Afortunadamente, has tenido una gran idea; después de esta entrevista...

Luisa. ¿No era lo mejor? Hablar claro, hablando se entiende la gente; ya lo has visto: hablando aquí, a solas, sin

fingimientos, dejándonos llevar de la conversación sin querer...

Pepe. Y sin querernos... he descubierto que tengo una prima encantadora.

Luisa. Y yo que tengo un primo muy simpático y muy razonable, que piensa como yo en muchas cosas de la vida.

Pepe. Es que piensas muy bien en todo.

Luisa. De manera que nuestros padres, si no consiguen lo que se proponen, han conseguido algo mejor para nosotros: que desde hoy nos estimemos de verdad; cuando antes, a mí, te lo confieso, me eras indiferente, pero muy indiferente.

Pepe. Como tú a mí.

Luisa. ¡Y querían casarnos!

Pepe. Ya ves, ¿cómo era posible?

Luisa. Me parece que nunca se habrá descompuesto una boda más amistosamente.

Pepe. De seguro que, casándonos, no estaríamos tan contentos el uno del otro.

Luisa. Ya quisiera yo, si algún día me caso, que mi marido se parezca a ti en algo.

Pepe. Y yo que mi mujer se parezca a ti en todo.

Luisa. ¿De veras?... ¿De qué te ríes?

Pepe. ¿Pero te has fijado en lo que estamos diciendo?

Luisa. ¿Eh?... Pues es verdad. Pero ¡qué tontos! ¡Qué tontos! Ahora resulta que casi nos hemos enamorado el uno del otro.

Pepe. Y que en vista de eso decidimos no casarnos... ¿Qué te parece? Es gracioso...

Luisa. Sí; es gracioso...

Escena II

Dichos y la Doncella

Doncella. ¡Señorita! Su tío de usted sale en este momento del despacho.

Pepe. Ha terminado la conferencia.

Luisa. Y nuestra conspiración. En cuanto baje tu padre la escalera, sales por aquí. Papá vendrá en seguida a darme cuenta del resultado de la entrevista. ¡Si supiera!...

Doncella. Han cerrado la puerta de la calle.

Luisa. Pues anda..., vete...

Pepe. Yo quisiera saber, ya que estoy aquí... ¿No podría esperar?...

Luisa. Si papá te ve...

Doncella. Sí, en mi cuarto; venga usted.

Luisa. No, no; si lo ve alguien...

Doncella. Descuide usted, señorita. Diré que ha venido por mí... y lo creerán.

Luisa. Pronto; papá viene.

Doncella. Venga usted... (*Salen Pepe y la doncella.*)

Escena III

Luisa, D. Manuel y después Pepe

Luisa. ¿Qué tienes, papá? ¿No me contestas? Yo creí que tendrías que hablarme...

Manuel. No.

Luisa. ¿No estaba tío Carlos contigo?

Manuel. Sí.

Luisa. ¿A qué ha venido tan temprano?

Manuel. A nada.

Luisa. ¿Estás seguro? Vaya, papá, lo que te sucede es que tienes que decirme muchas cosas y no sabes cómo empezar.

Manuel. No tengo que decirte nada. Y, sobre todo, no vuelvas a mentar a tu tío. ¡Ha muerto para mí!

Luisa. Entonces... mi primo Pepe...

Manuel. Ha muerto también.

Luisa. Te advierto que hoy es turno tercero.

Manuel. ¿Y qué?

Luisa. Nada; que con tanto luto en la familia no me parece bien que vayamos al teatro.

Manuel. ¡Turno tercero! ¡Turno tercero! ¡No me importa! Desde hoy te acompañaré todas las noches al teatro, te divertirás, nos divertiremos. No estés triste, hija mía. ¿Se creerá tu tío que no hay más hombre que tu primo?

Luisa. Pero es que...

Manuel. ¡Y por cuestión de intereses! ¡Qué falta de decoro! Cuando yo, haciendo un sacrificio y por tratarse de ellos, te dotaba con mis dos mejores fincas y algo de papel y unos créditos que pueden cobrarse, ¿con qué dirás que se descuelga tu tío? Con que él no se desprende de nada, que os pasará un tanto, pero nada más. Conozco yo los tantos de tu tío: os lo pasaría un mes, ¡viejo avariento!, y después os dejaría morir de hambre. Porque yo os doy lo suficiente para la casa, y el coche, y los viajes de veraneo; pero si él no os da nada no tendréis qué comer. ¿Y cómo vais a vivir sin comer?

Luisa. Es verdad; sin comer y con coche... ¿De modo que habéis regañado?

Manuel. ¡No tienes idea! Le he dicho lo que pensaba de él hace mucho tiempo y del botarate de su hijo...

Luisa. Pero, ¿qué sabe Pepe?...

Manuel. Para cuando lo sepa.

Luisa. ¡Ay, papá, estás muy alterado!

Manuel. Es que no puedo con las gentes que todo lo sacrifican al interés, como si todo fuera cuestión de dinero en la vida y eso valiera la pena de descomponer una familia. ¡Un tanto! ¡Un tanto! Y el viejo marrullero ni siquiera quería firmar, para no comprometerse a nada. ¿Pensaba que yo iba a casarte sin garantías?

Luisa. Es la moda, papá.

Manuel. No lo eches a broma.

Luisa. Al contrario. Es decir, que vosotros disponéis y os indisponéis cuando os conviene, sin contar para nada con nosotros, como si Pepe y yo fuéramos dos chiquillos sin voluntad y sin corazón; ni antes os importaba que no nos quisiéramos, ni ahora que pudiéramos querernos. ¿No es eso?

Manuel. Querrás decirme que estás enamorada de tu primo...

Luisa. Supongamos que lo estuviera.

Manuel. Dejémonos de suposiciones...

Pepe. Sí, dejémonos. Yo estoy enamorado de Luisa.

Manuel. ¡Eh! ¿Qué haces tú aquí? ¿Qué significa esto?

Pepe. Significa que, mientras ustedes hablaban de intereses, nosotros hemos dejado hablar a nuestro corazón; y como hablando, hablando se entiende la gente...

Luisa. Hemos decidido lo contrario de ustedes, casarnos.

Manuel. Así... en media hora. ¡Estáis locos!

Luisa. ¿Qué quiere usted? Media hora de conversación, convenciéndonos de que no debíamos casarnos, nos ha dado a conocer mejor que dos años de relaciones para casarnos.

Pepe. No teníamos por qué fingir...

Luisa. Ni por qué engañarnos.

Pepe. Hemos hablado con franqueza, decididos a no querernos.

Luisa. Y sin querer, sin querer...

Manuel. Eso creéis vosotros. ¡No habréis coqueteado poco! En fin, por mi parte, si os engañáis, y creyendo conoceros a fondo, os conocéis menos que nunca...

Pepe. Ya no es preciso que nos conozcamos más.

Luisa. Ahora nos basta con querernos mucho. (*Telón.*)

DE PEQUEÑAS CAUSAS...

BOCETO DE COMEDIA EN UN ACTO

Estrenado en el Teatro de la Princesa la noche del 14 de marzo de 1908

REPARTO

Personajes	Actores
EMILIA	Sra. Cobeña (Carmen)
MANUEL	Sr. Morano
GONZÁLEZ	» Manso
HERNÁNDEZ	» Comes
UN CRIADO	N. N.

DE PEQUEÑAS CAUSAS...

ACTO ÚNICO

Gabinete

Escena I

González, Manuel y un Criado

Criado. No insista usted: le digo que el señor no está, que no volverá en todo el día.

González. Le digo a usted que para mí sí; le digo a usted que estoy en el secreto.

Criado. Usted quiere comprometerme.

González. Le digo a usted que no... Pásele usted esta tarjeta.

Criado. Pero, caballero...

González. O a su señora, es lo mismo...; yo he de verle, sea como sea.

Criado. Pero...

González. Nada, que he de verle.

Criado. Caballero..., usted puede hacer lo que guste; pero le aseguro a usted...

González. No asegure usted nada. Es que habrá usted

recibido esa orden..., sí...; lo sé todo..., lo que ocurre en casos semejantes...; por eso sé lo que debo hacer, lo de siempre, no hacerle a usted caso; ya lo ve usted...

Criado. Como usted quiera. (*Entra Manuel.*)

González. ¿Lo ve usted?

Criado. Yo he cumplido con la orden del señor; pero el señor...

Manuel. Bien está... (*Sale el Criado.*)

González. Comprenda usted que yo necesitaba verle.

Manuel. Comprenda usted que yo no quiero ver a nadie...; a los amigos como usted mucho menos; sé lo que va usted a decirme... Es inútil, todo inútil; mi resolución es irrevocable... El presidente le ha dicho a usted lo que había..., ha leído usted los periódicos...; no tengo que decirle más.

González. Pero...

Manuel. Es inútil, todo inútil... Nadie dirá que yo he provocado el conflicto. Desde mi entrada en el Ministerio, usted sabe a costa de cuántos sacrificios, mi permanencia en él ha sido para mí una serie de abdicaciones; he podido aceptarlas mientras sólo se trataba de mis convicciones particulares, hasta de mis afectos; pero ahora, no; ahora se trata de mis compromisos con la opinión, con el país...; pretender esta nueva abdicación, es tanto como renegar de toda mi historia política; de mi significación en el partido; de mi personalidad; de mi conciencia..., y a eso no puedo llegar,

porque sería tanto como negarme a mí mismo.

González. Pero, querido amigo, piense usted la situación, el conflicto...

Manuel. No es culpa mía... Se desoyeron mis advertencias; se desdeñaron mis concesiones... Yo no soy un hombre de partido...; para mí, antes que los hombres están las ideas.

González. Por eso mismo debe usted transigir con las personas, sin perjuicio de seguir con sus ideas.

Manuel. Es inútil. Mi resolución es irrevocable.

Escena II

Dichos y Hernández

Hernández. ¡Ah!, ya sabía yo que estaba usted en casa... El criado se empeñaba en negarme la entrada, querido González...

González. Amigo Hernández... ¿Viene usted como yo... a convencer a nuestro ilustre amigo?...

Hernández. A nuestro querido amigo... Pero usted le habrá convencido ya... Eso no puede ser...; ¡provocar una crisis en las actuales circunstancias..., una crisis... por una tontería!... Comprendo si hubiera usted tenido algún disgusto personal...; pero usted sabe que sólo cuenta usted con verdaderos amigos en el Gobierno y en la mayoría.

Manuel. Pero amigos que no piensan como yo en asuntos tan importantes como los que yo defiendo.

Hernández. Pero ése no es motivo; a usted personalmente no se le niega nada.

Manuel. Se me niega el cumplimiento de mis compromisos ante la opinión, ante el país.

González. Pero, ¿a qué llama usted opinión? ¿A los periódicos? ¡Si se abstuviera usted de leerlos!...

Manuel. Mi padre tuvo la debilidad de mandarme al colegio y yo la de aprender a leer..., y la mala costumbre de leerlo todo. La actitud del avestruz ocultando la cabeza debajo del ala, para no ver el peligro, no es la actitud más propia de un hombre de gobierno...

González. Pero, querido amigo, yo le creí a usted de más carácter.

Manuel. Hoy llaman ustedes carácter a no tener ninguno, a pasar por todo.

Hernández. No, querido amigo; a sobreponerse a todo, que no es lo mismo..., a mostrarse superior a las circunstancias...

Manuel. No se cansen ustedes, mi resolución es irrevocable.

González. Pero, querido amigo... Reflexione usted... Compromete usted gravemente la situación, da usted armas a las oposiciones...

Manuel. Al contrario, facilito una solución a mis compañeros.

Hernández. Usted sabe que la provisión de su cartera en

estos momentos mostraría más claramente las escisiones del partido.

Manuel. Eso es lo que pretendo...; demarcar los campos, aclarar la situación, despejar incógnitas.

González. Pero usted sabe el peligro de despejar incógnitas. Además, se expone usted a quedarse solo.

Manuel. Me basto.

Hernández. Mire usted que se llegará al límite de las concesiones...

Manuel. A ese límite he llegado yo hace mucho tiempo.

Hernández. Que puede encontrarse una fórmula todavía..., una fórmula aceptable.

Manuel. La que yo he propuesto.

González. Ésa no es posible.

Manuel. No hay otra.

Hernández. Concédanos usted un plazo... Entre todos hallaremos una fórmula.

Manuel. No.

González. Un día...

Manuel. No.

González. Una hora...; hablaremos con el jefe, con el jefe de las oposiciones... Volveremos con su contestación... Pero

ceda usted en algo...

Manuel. Nunca. He llegado al límite de las concesiones.

Hernández. ¿Nos promete usted no hacer saber a nadie su resolución hasta después de hablar nuevamente con nosotros?

Manuel. Nada conseguirán ustedes. Y será inútil que vuelvan ustedes si no se acepta por entero mi última proposición de arreglo.

González. ¿Por entero?... Un paso más, querido amigo...

Manuel. Yo no sé andar más que avanzando. Un paso más sería una concesión menos.

Hernández. Avance usted hacia la avenencia... Los demás avanzarán en el mismo sentido, y aquí no ha pasado nada... Entretanto..., una hora de espera..., una hora..., usted reflexione; entretanto..., nosotros trabajaremos...

Manuel. Creo que no conseguirán ustedes nada... De mí han conseguido ustedes cuanto podía concederles: atención, gratitud por sus buenos deseos.

González. Usted sabe que somos de los leales...

Hernández. De los que le seguiremos a usted siempre que usted nos acompañe. Hasta ahora.

González. Querido amigo... (*Salen.*)

Manuel. No estoy para nadie..., bajo ningún pretexto vuelvan a recibir a nadie... He salido en el automóvil... Estoy en el

campo... No se sabe dónde estoy... A nadie, sea quien sea...

Escena III

Manuel y Emilia

Emilia. ¿Me concede audiencia el señor ministro?

Manuel. Entra, entra...

Emilia. ¿No has leído todavía los periódicos?

Manuel. ¿Por qué?

Emilia. Porque todos los días te ponen de mal humor... ¡Si hicieras lo que yo!... Yo no los leo nunca...

Manuel. Debías presidir el Ministerio.

Emilia. Si acaso, las noticias de sociedad, los teatros... y los anuncios.

Manuel. Sí; ahora pueden leerse los anuncios...

Emilia. Para saber lo que pasa me basta con mirarte a la cara... Hoy es un buen día...

Manuel. Sí, no ocurre nada...

Emilia. ¡Cuánto me alegro!... Por supuesto, nunca ocurre nada... ¿Cuándo ha estado todo como ahora?... Eso es lo que molesta... Hasta los cambios han bajado...

Manuel. Ya sabes más que yo... Y dices que no lees los periódicos...

Emilia. No; lo sé por mi modisto... Me ha enviado un encargo de París, y al pagarle... Le he pagado yo... ¿Qué dices?... No dirás que pido créditos extraordinarios... Yo, yo..., sí, señor; de los presupuestos ordinarios...

Manuel. Así me gusta.

Emilia. ¡Oh, soy una gran ministra de Hacienda!... No tendrás queja de mí... ¡Sostener mis gastos de representación sin acudir al capítulo de imprevistos!... Y tú no sabes lo que eso cuesta... Me llaman elegante y distinguida en todos los periódicos..., los ministeriales y los de oposición.

Manuel. Los cronistas de salones son siempre ministeriales. El gobierno de las mujeres es muy tiránico y no consiente la menor oposición.

Emilia. O muy liberal y no las motiva... ¡Qué poco galante!

Manuel. Y sepamos, ¿qué maravilla es ésa que ha llegado de París?

Emilia. ¡Oh! Ya verás... Es un poema..., un sueño... ¡Un vestido ideal! Una obra de arte... Los hombres no saben apreciar esas delicadezas... Si acaso, el conjunto...; pero los detalles...

Manuel. Es que uno de los detalles suele ser la factura.

Emilia. ¿La factura? Un vestido así siempre es barato..., y a mí me hacen precios excepcionales. Este traje no sería para otra menos de los tres mil, y a mí me han puesto dos mil novecientos cuarenta y cinco..., todo comprendido...: Aduanas, envío...

Manuel. Sí, es una ganga.

Emilia. Una verdadera creación...; y el caso es que no tiene nada..., es el *chic*, nada... Lo ves en la mano y dices: esto no vale nada..., cualquiera puede hacerlo; pero luego lo ves puesto... y... ya verás..., ya verás...

Manuel. ¿Y cuándo voy a verlo?...

Emilia. ¡Qué pregunta! Pasado mañana, en Palacio, en la comida en honor del príncipe turco.

Manuel. Persa...

Emilia. Es lo mismo... Esta vez no tendrás nada que decir del escote...

Manuel. No, no diré nada...; entre otras cosas..., porque esa comida...

Emilia. ¡Qué!... ¿Se ha suspendido? ¿No viene el príncipe?

Manuel. Sí, el príncipe, sí... Además, si no viene ése, vendrá otro... Pero es que para ese día ya no seré ministro.

Emilia. ¡Eh!... ¿Hay crisis? ¿Cómo es posible?... ¡Si no me ha dicho nada la peinadora!...

Manuel. La peinadora no lo sabrá todavía...

Emilia. ¡Si peina a la de González y a la de Hernández!...

Manuel. Es crisis parcial..., dimito yo sólo...

Emilia. ¿Tú sólo? ¿Y qué has podido hacer para ser tú sólo el

que dimite?

Manuel. No voy a explicártelo ahora... Me sobran razones...

Emilia. ¡Ah, pero es por tu gusto!

Manuel. ¡Claro está!... ¿Creías que me habían echado?

Emilia. Es que de otro modo no lo comprendo...

Manuel. No estoy conforme con la marcha del Gobierno...; mis ideas son antes que todo...

Emilia. Pero yo creí que tus ideas eran las del Gobierno...

Manuel. Eso creía yo hasta ayer por la tarde.

Emilia. ¡Ah, fue ayer por la tarde!... ¡Y no me dijiste nada!...

Manuel. Quise tomarme toda la noche para reflexionar.

Emilia. ¡Ah, por eso estuviste tan desvelado!... ¿Y te aceptan la dimisión?

Manuel. Que la acepten o no la acepten...

Emilia. ¡Ah!, ¿pero no la has presentado todavía?

Manuel. Sí, particularmente..., por carta... Oficial no es todavía... Esperan convencerme; trabajan para ello...

Emilia. ¿Y te convencerán?...

Manuel. Eso sí que no... Mi resolución es irrevocable. He llegado al límite de las concesiones...

Emilia. ¿No te dieron aquella credencial que pediste?

Manuel. Sí..., eso sí...; se desviven por complacerme...

Emilia. ¿Entonces...?

Manuel. Pero no es eso..., no se trata de credenciales... Se trata de mis compromisos ante la opinión..., el país... ¿Qué voy a decirte? Puedes comprender que tendré mis razones...

Emilia. No lo sé...; pero salir tú sólo... La verdad, es muy desairado... Van a decir que no tienes razón...

Manuel. Ellos sí lo dirán...

Emilia. Ya ves..., y ellos se quedan... Es una triste gracia... y es dar gusto a tus enemigos...

Manuel. Mis enemigos tendrán que reconocer mi sinceridad.

Emilia. ¡De modo que te importa más quedar bien con tus enemigos que con tus amigos!...

Manuel. Mira, Emilia, no he querido ver nunca en ti a un amigo político, mucho menos a un contrincante...

Emilia. Creo que nunca..., pero sí una mujer que te aconseja siempre lo mejor...; eso debes haberlo visto en mí siempre. No dirás que yo intervengo nunca en tus asuntos. Nunca te he molestado con recomendaciones..., y tú sabes si me las piden... He preferido quedar mal con muchos amigos por no molestarte lo más mínimo... Desde que eres ministro, ¿qué te he pedido? Que recomendaras al novio de mi doncella para Orden público y a una hermana de mi peinadora para que la

contrataran en un cinematógrafo de un diputado... Lo que no podrás decir es que yo he abusado nunca de mi posición. A otras hubiera yo querido ver en mi caso... Ahí tienes a la de tu compañero Ruiz Gómez, que no le da almuerzo ni comida tranquila a su marido..., y cuando él no hace lo que ella quiere, se va de Ministerio en Ministerio, poniéndole en evidencia...

Manuel. ¡Si no fuera más que de Ministerio en Ministerio!

Emilia. Ella le pide a todo el mundo. Y su marido tan contento.

Manuel. No lo creas...; en Consejo se incomoda mucho...

Emilia. Pero no dimite... ¿Oyes? No hace más que sonar el timbre... Amigos que vendrán a convencerte; gente que vendrá a saber...

Manuel. He dicho que no recibo a nadie...

Emilia. ¿Pero tan serio es el motivo?

Manuel. Muy serio.

Emilia. ¿Y no puede haber, por lo menos, un aplazamiento?

Manuel. ¿Para qué? Lo que ha de ser... Pero tú decías siempre que estabas deseando verme libre de preocupaciones..., de disgustos...

Emilia. Sí..., sí..., y lo digo...; pero precisamente...

Manuel. Precisamente qué...

Emilia. ¡Que para una vez que estaba yo contenta de ser ministra!...

Manuel. Si tú no eres vanidosa... ¡No parece sino que tú necesitas que yo sea ministro para lucir..., para... ¡Ah, vamos!...; ese vestido de París..., el capricho de lucirlo pasado mañana...

Emilia. ¿Qué quieres? ¡Estaba tan ilusionada!...

Manuel. ¡Que no tendrás ocasión!... En cualquier baile...

Emilia. No es de baile... es de comida...; ése es su *chic*, que no sirve más que para comida, y para comida en Palacio.

Manuel. ¡Y en honor de un príncipe persa!... ¡Tanto quieres puntualizar!... ¡No sé qué especialidad puede tener un vestido para no servir más que en ocasión determinada!

Emilia. ¡Qué quieres!...; éste es así..., y mi capricho es lucirlo en esta ocasión... ¿Por qué tú tenías tanto afán en ser ministro en este Gobierno más que en otros? Recuerda...

Manuel. Sí, salgo por amor propio...

Emilia. Por chafar a Hernández...; tú me lo dijiste... Pues figúrate que yo también quiero chafar a alguien..., a alguien que yo sé que se ha burlado de mí; mujer de alguno de tus compañeros de Ministerio...

Manuel. ¿Quién hace caso?

Emilia. Sí, sí, me lo han dicho...; me consta: ha dicho que soy cursi... ¡Como soy la única joven del Ministerio!...

Manuel. Y la más guapa, también puedes decirlo...

Emilia. Eso lo dices tú..., y me gusta oírlo... Pero eso lo puede ser cualquiera...; elegante, ya es más difícil...

Manuel. También lo eres..., como debes serlo...

Emilia. Si..., ¡pero si vieras!... Yo comprendo que algunas veces no he estado acertada en la *toilette*..., pecaba por exceso...; pero ahora este vestido es de un supremo *chic*...; como que he sostenido correspondencia diaria con el modisto durante veinte días..., y muestras van y vienen, y figurines y descripciones..., y yo sin decidirme, y él ideando creaciones... «Sueño con usted», me dice en una de sus cartas...

Manuel. ¡Caracoles!

Emilia. «Piense usted en mí siempre», le digo yo en todas las mías...

Manuel. ¡Pues sabes que cualquiera que leyese la correspondencia...!

Emilia. Mira, voy a ponerme el vestido..., para ti... Quiero que lo veas antes que nadie, que lo admires...

Manuel. No, no...; ya tendré ocasión...

Emilia. Pasado mañana...

Manuel. Sí, hay función en el Real y quieres ponértelo...

Emilia. Para el Real... es demasiado; llamaría la atención...

Manuel. ¡Pues si no es eso lo que te propones...!

Emilia. ¿Llamar la atención? ¡De ningún modo! El verdadero *chic* es ése... No llamar la atención y que todo el mundo se fije...

Manuel. No me explico cómo puede ser eso; pero, en fin, la *toilette* tiene sus secretos...

Emilia. Como la política... Y hoy va a tener uno...

Manuel. ¿Uno? ¿Cuál?

Emilia. El desistir de tu dimisión.

Manuel. Sí..., por un vestido... ¡Tendría que ver!

Emilia. Por el vestido no, por mí... ¿No valgo yo ese sacrificio..., que no lo es..., porque tú serás el primero en alegrarte como todos tus amigos?

Manuel. Mis amigos sí..., ¡y cómo se reirían!

Emilia. ¡Sí que ellos no habrán hecho cosas más graves por cosas de menor importancia!

Manuel. ¿De menos importancia que el capricho de lucir el vestido?

Emilia. El de lucir ellos alguna banda o algún discurso preparado. Todo, satisfacción de la vanidad...; pero a los hombres os parece que vuestras vanidades son más trascendentales... Después de todo, ¿por qué te empeñas en dimitir? Por vanidad.

Manuel. ¡Dignidad!

Emilia. ¡Vanidad! Porque dijiste una cosa y no quieres decir otra...; la vanidad de sostener tu carácter..., y por ella comprometes a tus amigos, expones pones al Gobierno a una crisis desagradable..., de mal efecto...; pasarás por orgulloso, por testarudo..., por no saber amoldarte a las circunstancias... Ese defecto lo has tenido siempre...; te lo dicen los periódicos todos los días...

Manuel. ¿No quedamos en que no los leías?

Emilia. Alguna vez...; y cuando esa vez da la casualidad..., es que te lo dirán todos los días... «La terquedad del señor ministro..., su inflexibilidad... El señor ministro confunde la tozudez con el carácter...» Tienen mucha razón, y eso que no te ven en casa...

Manuel. ¡Emilia! Me desagrada oírte...

Emilia. La verdad desagrada siempre... Pero no me dirás que tú solo vas a tener más razón que todo el Ministerio... Y aunque la tuvieras...; entre personas educadas se cede...; ellos cederán otras veces... Vas a ponerte en ridículo... Te habrá aconsejado tu amigote Pepe..., porque tú eres así...: mucho carácter, y luego te dejas llevar de cualquiera, del que te aconseja con peor intención... Porque Pepe lo que está deseando es que dejes de ser ministro; te tiene mucha envidia.

Manuel. ¿Pero qué tiene que ver Pepe, ni qué me aconseja?...

Emilia. No digas..., siempre, para todo... Hasta cuando

pusimos el comedor y tu despacho... tuvo que ser como él dijo..., una cursilería..., el comedor modernista, que parece un café de provincia, y tu despacho, en cambio, que parece una funeraria... Como lo de llevarte a su sastre, que no sabe vestirte... La otra noche me fijé en el baile de la Embajada: nadie lleva el chaleco de frac en forma de corazón, como el que te han hecho..., ni las vueltas de raso..., y esos chalecos de fantasía que llevas son ridículos, y ya verás cómo la toman contigo en las caricaturas...

Manuel. ¡Emilia! ¡Emilia! Que mis nervios están en tensión y ya no respondo.

Emilia. No te faltaba más que yo pagase tus disgustos políticos. Como la política me ha dado tantas satisfacciones...: sacrificios, molestias... Por ti he perdido las relaciones con mis mejores amigas..., y en cambio tengo que tratar a mucha gente que me desagrada..., a quien yo no distingo..., que no debía de tratar..., y así en todo..., siempre sacrificada... El verano pasado sin tomar las aguas por no dejarte solo en Madrid, porque tú no podías salir con las dichosas Cortes..., y estas Navidades sin poder ir a ver a mamá con los dichosos proyectos, y para una satisfacción que podía una tener una vez..., para un capricho que tiene una..., como si fuera un crimen..., ya es una... una intrigante, ya exige una demasiado, ya compromete una su carrera política, su dignidad..., ¡qué sé yo!... No te faltaba más que decir que yo te pongo en ridículo, como la de Ruiz Gómez a su marido...; pero me lo dirás..., me lo dirás...

Manuel. ¡Emilia, Emilia!...

Emilia. No, si ahora soy quien desea que presentes la dimisión... ahora mismo, ahora mismo...; pero no vuelvas a hablarme de política ni de carteras... Nos iremos a vivir a un pueblo, donde siquiera tenga tranquilidad..., lo único que yo he deseado siempre..., una casita en un pueblo con sus gallinas y sus palomas..., eso, eso..., y nada de este infierno, de estas intrigas... Todo antes que verte así..., todo antes de que quieras pagar conmigo porque los demás te disgustan...

Manuel. Esto es peor que veinte discursos de oposición... Me voy al Congreso..., al Senado..., todo es preferible... El gabán... El sombrero...

Emilia. ¿Pero no llevas la dimisión?

Manuel. No, no dimito... Sin el Ministerio no tendría pretexto para estar tanto tiempo fuera de casa..., y cualquiera te aguantaba en un año... Irás a la comida, lucirás el vestido. No será la primera vez que una falda haya decidido una crisis... ¿Estás contenta?

Emilia. Sí, pero no te enfades... ¡Cuando veas el vestido, lo comprenderás todo!...

Manuel. Sí, pero al día siguiente sí que no debes leer más que la crónica de sociedad, porque ¡lo que van a decir de mí los periódicos!

Emilia. Los de oposición. Si hubieras dimitido lo dirían los ministeriales... ¡Siempre han de decir!

Manuel. ¡Y aun piden las mujeres que os concedan el derecho a votar, como si no gobernarais el mundo!...

Emilia. Yo no, no pido semejante cosa... Si se presenta la proposición puedes votar en contra.

LOS INTERESES CREADOS

COMEDIA DE POLICHINELAS EN DOS ACTOS, TRES CUADROS Y UN PRÓLOGO

Estrenada en el Teatro Lara el día 9 de diciembre de 1907

A DON RAFAEL GASSET

SU AFECTÍSIMO JACINTO BENAVENTE

REPARTO

Personajes	Actores
DOÑA SIRENA	Sra. Valverde
SILVIA	Srta. Suárez
LA SEÑORA DE POLICHINELA	» Alba
COLOMBINA	» Pardo
LAURA	» Toscano
RISELA	Sra. Beltrán
LEANDRO	Srta. Domus
CRISPÍN	Sr. Puga
EL DOCTOR	» Rubio
POLICHINELA	» Mora
ARLEQUÍN	» Barraycoa
EL CAPITÁN	» R. de la Mata
PANTALÓN	» Simó-Raso
EL HOSTELERO	» Pacheco
EL SECRETARIO	» Romea
MOZO 1.º DE LA HOSTERÍA	» Suárez (A.)
ÍDEM 2.º	» Enríquez

ALGUACILILLO 1.º	» De Diego
ÍDEM 2.º	» Suárez (A.)

La acción pasa en un país imaginario, a principios del siglo XVII

LOS INTERESES CREADOS

ACTO PRIMERO

PRÓLOGO

Telón corto en primer término, con puerta al foro, y en ésta un tapiz. Recitado por el personaje Crispín.

He aquí el tinglado de la antigua farsa, la que alivió en posadas aldeanas el cansancio de los trajinantes, la que embobó en las plazas de humildes lugares a los simples villanos, la que juntó en ciudades populosas a los más variados concursos, como en París sobre el Puente Nuevo, cuando Tabarín desde su tablado de feria solicitaba la atención de todo transeúnte, desde el espetado doctor que detiene un momento su docta cabalgadura para desarrugar por un instante la frente, siempre cargada de graves pensamientos, al escuchar algún donaire de la alegre farsa, hasta el pícaro hampón, que allí divierte sus ocios horas y horas, engañando al hambre con la risa, y el prelado y la dama de calidad y el gran señor desde sus carrozas, como la moza alegre y el soldado y el mercader y el estudiante. Gente de toda condición, que en ningún otro lugar se hubiera reunido, comunicábase allí su regocijo, que muchas veces, más que de la farsa, reía el grave de ver reír al risueño, y el sabio al bobo, y los pobretes de ver reír a los grandes señores, ceñudos de ordinario, y los grandes de ver reír a los

pobretes, tranquilizada su conciencia con pensar: ¡también los pobres ríen! Que nada prende tan pronto de unas almas en otras como esta simpatía de la risa. Alguna vez, también subió la farsa a palacios de príncipes, altísimos señores, por humorada de sus dueños, y no fue allí menos libre y despreocupada. Fue de todos y para todos. Del pueblo recogió burlas y malicias y dichos sentenciosos, de esa filosofía del pueblo, que siempre sufre, dulcificada por aquella resignación de los humildes de entonces, que no lo esperaban todo de este mundo, y por eso sabían reírse del mundo sin odio y sin amargura. Ilustró después su plebeyo origen con noble ejecutoria: Lope de Rueda, Shakespeare, Molière, como enamorados príncipes de cuento de hadas, elevaron a Cenicienta al más alto trono de la Poesía y del Arte. No presume de tan gloriosa estirpe esta farsa, que por curiosidad de su espíritu inquieto os presenta un poeta de ahora. Es una farsa *guiñolesca*, de asunto disparatado, sin realidad alguna. Pronto veréis cómo cuanto en ella sucede no pudo suceder nunca, que sus personajes no son ni semejan hombres y mujeres, sino muñecos o fantoches de cartón y trapo, con groseros hilos, visibles a poca luz y al más corto de vista. Son las mismas grotescas máscaras de aquella comedia del Arte italiano, no tan regocijadas como solían, porque han meditado mucho en tanto tiempo. Bien conoce el autor que tan primitivo espectáculo no es el más digno de un culto auditorio de estos tiempos; así, de vuestra cultura tanto como de vuestra bondad se ampara. El autor sólo pide que aniñéis cuanto sea posible vuestro espíritu. El mundo está ya viejo y chochea; el Arte no se resigna a envejecer, y por parecer niño finge balbuceos... Y he aquí cómo estos viejos polichinelas pretenden hoy divertiros con sus niñerías.

Mutación

CUADRO PRIMERO

Plaza de una ciudad. A la derecha, en primer término, fachada de una hostería con puerta practicable y en ella un aldabón. Encima de la puerta un letrero que diga: «Hostería.»

Escena Primera

Leandro y Crispín, que salen por la segunda izquierda.

Leandro. Gran ciudad ha de ser ésta, Crispín; en todo se advierte su señoría y riqueza.

Crispín. Dos ciudades hay. ¡Quiera el Cielo que en la mejor hayamos dado!

Leandro. ¿Dos ciudades dices, Crispín? Ya entiendo, antigua y nueva, una de cada parte del río.

Crispín. ¿Qué importa el río ni la vejez ni la novedad? Digo dos ciudades como en toda ciudad del mundo: una para el que llega con dinero, y otra para el que llega como nosotros.

Leandro. ¡Harto es haber llegado sin tropezar con la Justicia! Y bien quisiera detenerme aquí algún tiempo, que ya me cansa tanto correr tierras.

Crispín. A mí no, que es condición de los naturales, como yo, del libre reino de Picardía no hacer asiento en parte alguna, si no es forzado y en galeras, que es duro asiento. Pero ya que sobre esta ciudad caímos y es plaza fuerte a lo

que se descubre, tracemos como prudentes capitanes nuestro plan de batalla si hemos de conquistarla con provecho.

Leandro. ¡Mal pertrechado ejército venimos!

Crispín. Hombres somos, y con hombres hemos de vernos.

Leandro. Por todo caudal, nuestra persona. No quisiste que nos desprendiéramos de estos vestidos, que, malvendiéndolos, hubiéramos podido juntar algún dinero.

Crispín. ¡Antes me desprendiera yo de la piel que de un buen vestido! Que nada importa tanto como parecer, según va el mundo, y el vestido es lo que antes parece.

Leandro. ¿Qué hemos de hacer, Crispín? Que el hambre y el cansancio me tienen abatido, y mal discurro.

Crispín. Aquí no hay sino valerse del ingenio y de la desvergüenza, que sin ella nada vale el ingenio. Lo que he pensado es que tú has de hablar poco y desabrido, para darte aires de persona de calidad; de vez en cuando te permito que descargues algún golpe sobre mis costillas; a cuantos te pregunten, responde misterioso; y cuando hables por tu cuenta, sea con gravedad; como si sentenciaras. Eres joven, de buena presencia; hasta ahora sólo supiste malgastar tus cualidades; ya es hora de aprovecharse de ellas. Ponte en mis manos, que nada conviene tanto a un hombre como llevar a su lado quien haga notar sus méritos, que en uno mismo la modestia es necedad y la propia alabanza locura, y con las dos se pierde para el mundo. Somos los hombres como mercancía, que valemos más o menos según la habilidad, del mercader que nos presenta. Yo te aseguro que así fueras

vidrio, a mi cargo corre que pases por diamante. Y ahora llamemos a esta hostería, que lo primero es acampar a vista de la plaza.

Leandro. ¿A la hostería dices? ¿Y cómo pagaremos?

Crispín. Si por tan poco te acobardas, busquemos un hospital o casa de misericordia, o pidamos limosna, si a lo piadoso nos acogemos; y si a lo bravo, volvamos al camino y salteemos al primer viandante; si a la verdad de nuestros recursos nos atenemos, no son otros nuestros recursos.

Leandro. Yo traigo cartas de introducción para personas de valimiento en esta ciudad, que podrán socorrernos.

Crispín. ¡Rompe luego esas cartas, y no pienses en tal bajeza! ¡Presentarnos a nadie como necesitados! ¡Buenas cartas de crédito son ésas! Hoy te recibirán con grandes cortesías, te dirán que su casa y su persona son tuyas, y a la segunda vez que llames a su puerta, ya te dirá el criado que su señor no está en casa ni para en ella; y a otra visita, ni te abrirán la puerta. Mundo es éste de toma y daca; lonja de contratación, casa de cambio, y antes de pedir, ha de ofrecerse.

Leandro. ¿Y qué podré yo ofrecer si nada tengo?

Crispín. ¡En qué poco te estimas! Pues qué, un hombre por sí, ¿nada vale? Un hombre puede ser soldado, y con su valor decidir una victoria; puede ser galán o marido, y con dulce medicina curar a alguna dama de calidad o doncella de buen linaje que se sienta morir de melancolía; puede ser criado de algún señor poderoso que se aficione de él y le eleve hasta su

privanza, y tantas cosas más que no he de enumerarte. Para subir, cualquier escalón es bueno.

Leandro. ¿Y si aun ese escalón me falta?

Crispín. Yo te ofrezco mis espaldas para encumbrarte. Tú te verás en alto.

Leandro. ¿Y si los dos damos en tierra?

Crispín. Que ella nos sea leve. (*Llamando a la hostería con el aldabón.*) ¡Ah de la hostería! ¡Hola, digo! ¡Hostelero o demonio! ¿Nadie responde? ¿Qué casa es ésta?

Leandro. ¿Por qué esas voces si apenas llamasteis?

Crispín. ¡Porque es ruindad hacer esperar de ese modo! (*Vuelve a llamar más fuerte.*) ¡Ah de la gente! ¡Ah de la casa! ¡Ah de todos los diablos!

Hostelero. (*Dentro.*) ¿Quién va? ¿Qué voces y qué modos son éstos? No hará tanto que esperan.

Crispín. ¡Ya fue mucho! Y bien nos informaron que es ésta muy ruin posada para gente noble.

Escena II

Dichos, el Hostelero y dos Mozos que salen de la hostería.

Hostelero. (*Saliendo.*) Poco a poco, que no es posada, sino hospedería, y muy grandes señores han parado en ella.

Crispín. Quisiera yo ver a ésos que llamáis grandes señores. Gentecilla de poco más o menos. Bien se advierte en esos

mozos que no saben conocer a las personas de calidad, y se están ahí como pasmarotes sin atender a nuestro servicio.

Hostelero. ¡Por vida que sois impertinente!

Leandro. Este criado mío siempre ha de extremar su celo. Buena es vuestra posada para el poco tiempo que he de parar en ella. Disponed luego un aposento para mí y otro para este criado, y ahorremos palabras.

Hostelero. Perdonad, señor; si antes hubierais hablado... Siempre los señores han de ser más comedidos que sus criados.

Crispín. Es que este buen señor mío a todo se acomoda; pero yo sé lo que conviene a su servicio, y no he de pasar por cosa mal hecha. Conducidnos ya al aposento.

Hostelero. ¿No traéis bagaje alguno?

Crispín. ¿Pensáis que nuestro bagaje es hatillo de soldado o de estudiante para traerlo a mano, ni que mi señor ha de traer aquí ocho carros, que tras nosotros vienen, ni que aquí ha de parar sino el tiempo preciso que conviene al secreto de los servicios que en esta ciudad le están encomendados?...

Leandro. ¿No callarás? ¿Qué secreto ha de haber contigo? ¡Pues voto a... que si alguien me descubre por tu hablar sin medida...! (*Le amenaza y le pega con la espada.*)

Crispín. ¡Valedme, que me matará! (*Corriendo.*)

Hostelero. (*Interponiéndose entre Leandro y Crispín.*) ¡Teneos, señor!

Leandro. Dejad que le castigue, que no hay falta para mí como el hablar sin tino.

Hostelero. ¡No le castiguéis, señor!

Leandro. ¡Dejadme, dejadme, que no aprenderá nunca! (*Al ir a pegar a Crispín, éste se esconde detrás del Hostelero, quien recibe los golpes.*)

Crispín. (*Quejándose.*)¡Ay, ay, ay!

Hostelero. ¡Ay, digo yo, que me dio de plano!

Leandro. (*A Crispín.*) Ve a lo que diste lugar; a que este infeliz fuera el golpeado. ¡Pídele perdón!

Hostelero. No es menester. Yo le perdono gustoso. (*A los criados.*) ¿Qué hacéis ahí parados? Disponed los aposentos donde suele parar el embajador de Mantua y preparad comida para este caballero.

Crispín. Dejad que yo les advierta de todo, que cometerán mil torpezas y pagaré yo luego, que mi señor, como veis, no perdona falta... Soy con vosotros, muchachos... Y tened cuenta a quien servís, que la mayor fortuna o la mayor desdicha os entró por las puertas. (*Entran los criados y Crispín en la hostería.*)

Hostelero. (*A Leandro.*) ¿Y podéis decirme vuestro nombre, de dónde venís y a qué propósito?...

Leandro. (*Al ver salir a Crispín de la hostería.*) Mi criado os lo dirá... Y aprended a no importunarme con preguntas... (*Entra en la hostería.*)

Crispín. ¡Buena la hicisteis! ¿Atreverse a preguntar a mi señor? Si os importa tenerle una hora siquiera en vuestra casa, no volváis a dirigirle la palabra.

Hostelero. Sabed que hay Ordenanzas muy severas que así lo disponen.

Crispín. ¡Veníos con Ordenanzas a mi señor! ¡Callad, callad, que no sabéis a quién tenéis en vuestra casa, y si lo supierais no diríais tantas impertinencias!

Hostelero. ¿Pero no he de saber siquiera...?

Crispín. ¡Voto a..., que llamaré a mi señor y él os dirá lo que conviene, si no lo entendisteis! ¡Cuidad de que nada le falte y atendedle con vuestros cinco sentidos, que bien puede pesaros! ¿No sabéis conocer a las personas? ¿No visteis ya quién es mi señor? ¿Qué replicáis? ¡Vamos ya! (*Entra en la hostería empujando al Hostelero.*)

Escena III

Arlequín y el Capitán, que salen por la segunda izquierda.

Arlequín. Vagando por los campos que rodean esta ciudad, lo mejor de ella sin duda alguna, creo que sin pensarlo hemos venido a dar frente a la hostería. ¡Animal de costumbre es el hombre! ¡Y dura costumbre la de alimentarse cada día!

Capitán. ¡La dulce música de vuestros versos me distrajo de mis pensamientos! ¡Amable privilegio de los poetas!

Arlequín. ¡Que no les impide carecer de todo! Con temor

llego a la hostería. ¿Consentirán hoy en fiarnos? ¡Válgame vuestra espada!

Capitán. ¿Mi espada? Mi espada de soldado como vuestro plectro de poeta, nada valen en esta ciudad de mercaderes y de negociantes... ¡Triste condición es la nuestra!

Arlequín. Bien decís. No la sublime poesía, que sólo canta de nobles y elevados asuntos; ya ni sirve poner el ingenio a las plantas de los poderosos para elogiarlos o satirizarlos; alabanzas o diatribas no tienen valor para ellos; ni agradecen las unas ni temen las otras. El propio Aretino hubiera muerto de hambre en estos tiempos.

Capitán. ¿Y nosotros, decidme? Porque fuimos vencidos en las últimas guerras, más que por el enemigo poderoso, por esos indignos traficantes que nos gobiernan y nos enviaron a defender sus intereses sin fuerzas y sin entusiasmo, porque nadie combate con fe por lo que no estima; ellos, que no dieron uno de los suyos para soldado ni soltaron moneda sino a buen interés y a mejor cuenta, y apenas temieron verla perdida amenazaron con hacer causa con el enemigo, ahora nos culpan a nosotros y nos maltratan y nos menosprecian y quisieran ahorrarse la mísera soldada con que creen pagarnos, y de muy buena gana nos despedirían si no temieran que un día todos los oprimidos por sus maldades y tiranías se levantaran contra ellos. ¡Pobres de ellos si ese día nos acordamos de qué parte están la razón y la justicia!

Arlequín. Si así fuera..., ese día me tendréis a vuestro lado.

Capitán. Con los poetas no hay que contar para nada, que es vuestro espíritu como el ópalo, que a cada luz hace diversos

visos. Hoy os apasionáis por lo que nace y mañana por lo que muere; pero más inclinados sois a enamoraros de todo lo ruinoso por melancólico. Y como sois por lo regular poco madrugadores, más veces visteis morir el sol que amanecer el día, y más sabéis de sus ocasos que de sus auroras.

Arlequín. No lo diréis por mí, que he visto amanecer muchas veces cuando no tenía donde acostarme. ¿Y cómo queríais que cantara al día, alegre como alondra, si amanecía tan triste para mí? ¿Os decidís a probar fortuna?

Capitán. ¡Qué remedio! Sentémonos, y sea lo que disponga nuestro buen hostelero.

Arlequín. ¡Hola! ¡Eh! ¿Quién sirve? (*Llamando en la hostería.*)

Escena IV

Dichos; el Hostelero. Después los Mozos, Leandro y Crispín, que salen a su tiempo de la hostería.

Hostelero. ¡Ah, caballeros! ¿Sois vosotros? Mucho lo siento, pero hoy no puedo servir a nadie en mi hostería.

Capitán. ¿Y por qué causa, si puede saberse?

Hostelero. ¡Lindo desahogo es el vuestro en preguntarlo! ¿Pensáis que a mí me fía nadie lo que en mi casa se gasta?

Capitán. ¡Ah! ¿Es ése el motivo? ¿Y no somos personas de crédito a quien puede fiarse?

Hostelero. Para mí, no. Y como nunca pensé cobrar, para

favor ya fue bastante; conque así, hagan merced de no volver por mi casa.

Arlequín. ¿Creéis que todo es dinero en este bajo mundo? ¿Contáis por nada las ponderaciones que de vuestra casa hicimos en todas partes? ¡Hasta un soneto os tengo dedicado, y en él celebro vuestras perdices estofadas y vuestros pasteles de liebre!... Y en cuanto al señor Capitán, tened por seguro que él solo sostendrá contra un ejército el buen nombre de vuestra casa. ¿Nada vale esto? ¡Todo ha de ser moneda contante en el mundo!

Hostelero. ¡No estoy para burlas! No he menester de vuestros sonetos ni de la espada del señor Capitán, que mejor pudiera emplearla.

Capitán. ¡Voto a..., que sí la emplearé escarmentando a un pícaro! (*Amenazándole y pegándole con la espada.*)

Hostelero. (*Gritando.*) ¿Qué es esto? ¿Contra mí? ¡Favor! ¡Justicia!

Arlequín. (*Conteniendo al Capitán.*) ¡No os perdáis por tan ruin sujeto!

Capitán. He de matarle. (*Pegándole.*)

Hostelero. ¡Favor! ¡Justicia!

Mozos. (*Saliendo de la hostería.*) ¡Que matan a nuestro amo!

Hostelero. ¡Socorredme!

Capitán. ¡No dejaré uno!

Hostelero. ¿No vendrá nadie?

Leandro. (*Saliendo con Crispín.*) ¿Qué alboroto es éste?

Crispín. ¿En lugar donde mi señor se hospeda? ¿No hay sosiego posible en vuestra casa? Yo traeré a la Justicia, que pondrá orden en ello.

Hostelero. ¡Esto ha de ser mi ruina! ¡Con tan gran señor en mi casa!

Arlequín. ¿Quién es él?

Hostelero. ¡No oséis preguntarlo!

Capitán. Perdonad, señor, si turbamos vuestro reposo; pero este ruin hostelero...

Hostelero. No fue mía la culpa, señor, sino de estos desvergonzados...

Capitán. ¿A mí desvergonzado? ¡No miraré nada!...

Crispín. ¡Alto, señor Capitán, que aquí tenéis quien satisfaga vuestros agravios, si los tenéis de este hombre!

Hostelero. Figuraos que ha más de un mes que comen a mi costa sin soltar blanca, y porque me negué hoy a servirles se vuelven contra mí.

Arlequín. Yo no, que todo lo llevo con paciencia.

Capitán. ¿Y es razón que a un soldado no se le haga crédito?

Arlequín. ¿Y es razón que en nada se estime un soneto con

estrambote que compuse a sus perdices estofadas y a sus pasteles de liebre?... Todo por fe, que no los probé nunca, sino carnero y potajes.

Crispín. Estos dos nobles señores dicen muy bien, y es indignidad tratar de ese modo a un poeta y a un soldado.

Arlequín. ¡Ah, señor; sois un alma grande!

Crispín. Yo, no. Mi señor, aquí presente; que como tan gran señor, nada hay para él en el mundo como un poeta y un soldado.

Leandro. Cierto.

Crispín. Y estad seguros de que mientras él pare en esta ciudad no habéis de carecer de nada, y cuanto gasto hagáis aquí corre de su cuenta.

Leandro. Cierto.

Crispín. ¡Y mírese mucho el hostelero en trataros como corresponde!

Hostelero. ¡Señor!

Crispín. Y no seáis tan avaro de vuestras perdices ni de vuestras empanadas de gato, que no es razón que un poeta como el señor Arlequín hable por sueño de cosas tan palpables...

Arlequín. ¿Conocéis mi nombre?

Crispín. Yo, no; pero mi señor, como tan gran señor, conoce a cuantos poetas existen y existieron, siempre que sean

dignos de ese nombre.

Leandro. Cierto.

Crispín. Y ninguno tan grande como vos, señor Arlequín; y cada vez que pienso que aquí no se os ha guardado todo el respeto que merecéis...

Hostelero. Perdonad, señor. Yo les serviré como mandáis, y basta que seáis su fiador...

Capitán. Señor, si en algo puedo serviros...

Crispín. ¿Es poco servicio el conoceros? ¡Glorioso Capitán, digno de ser cantado por este solo poeta!...

Arlequín. ¡Señor!

Capitán. ¡Señor!

Arlequín. ¿Y os son conocidos mis versos?

Crispín. ¿Cómo conocidos? ¡Olvidados los tengo! ¿No es vuestro aquel soneto admirable que empieza:

«La dulce mano que acaricia y mata»?

Arlequín. ¿Cómo decís?

Crispín. «La dulce mano que acaricia y mata.»

Arlequín. ¿Ése decís? No, no es mío ese soneto.

Crispín. Pues merece ser vuestro. Y de vos, Capitán, ¿quién no conoce las hazañas? ¿No fuisteis el que sólo con veinte hombres asaltó el castillo de las Peñas Rojas en la famosa

batalla de los Campos Negros?

Capitán. ¿Sabéis...?

Crispín. ¿Cómo si sabemos? ¡Oh! ¡Cuántas veces se lo oí referir a mi señor entusiasmado! Veinte hombres, veinte y vos delante, y desde el castillo... ¡bum! ¡bum! ¡bum!, disparos, y bombardas, y pez hirviente, y demonios encendidos... ¡Y los veinte hombres como un solo hombre y vos delante! Y los de arriba... ¡bum! ¡bum! ¡bum! Y los tambores... ¡ran, rataplán, plan! Y los clarines... ¡tararí, tarí, tarí!... Y vosotros sólo con vuestra espada y vos sin espada... ¡ris, ris, ris!, golpe aquí, golpe allí..., una cabeza, un brazo... (*Empieza a golpes con la espada, dándole de plano al Hostelero y a los Mozos.*)

Mozos. ¡Ay, ay!

Hostelero. ¡Téngase, que se apasiona como si pasara!

Crispín. ¿Cómo si me apasiono? Siempre sentí yo el *animus belli*.

Capitán. No parece sino que os hallasteis presente.

Crispín. Oírselo referir a mi señor, es como verlo, mejor que verlo. ¡Y a un soldado así, al héroe de las Peñas Rojas en los Campos Negros se le trata de esa manera!... ¡Ah! Gran suerte fue que mi señor se hallase presente, y que negocios de importancia le hayan traído a esta ciudad, donde él hará que se os trate con respeto, como merecéis... ¡Un poeta tan alto, un tan gran capitán! (*A los Mozos.*) ¡Pronto! ¿Qué hacéis ahí como estafermos? Servidles de lo mejor que haya en vuestra

casa, y ante todo una botella del mejor vino, que mí señor quiere beber con estos caballeros, y lo tendrá a gloria... ¿Qué hacéis ahí? ¡Pronto!

Hostelero. ¡Voy, voy! ¡No he librado de mala! (*Se va con los Mozos a la hostería*.)

Arlequín. ¡Ah, señor! ¿Cómo agradeceros...?

Capitán. ¿Cómo pagaros...?

Crispín. ¡Nadie hable aquí de pagar, que es palabra que ofende! Sentaos, sentaos, que para mi señor, que a tantos príncipes y grandes ha sentado a su mesa, será éste el mayor orgullo.

Leandro. Cierto.

Crispín. Mi señor no es de muchas palabras; pero, como veis, esas pocas son otras tantas sentencias llenas de sabiduría.

Arlequín. En todo muestra su grandeza.

Capitán. No sabéis cómo conforta nuestro abatido espíritu hallar un gran señor como vos, que así nos considera.

Crispín. Esto no es nada, que yo sé que mi señor no se contenta con tan poco y será capaz de llevaros consigo y colocaros en tan alto estado...

Leandro. (*Aparte a Crispín.*) No te alargues en palabras, Crispín...

Crispín. Mi señor no gusta de palabras, pero ya le conoceréis

por las obras.

Hostelero. (*Saliendo con los Mozos, que traen las viandas y ponen la mesa.*) Aquí está el vino... y la comida.

Crispín. ¡Beban, beban y coman y no se priven de nada, que mi señor corre con todo, y si algo os falta, no dudéis en decirlo, que mi señor pondrá orden en ello, que el hostelero es dado a descuidarse!

Hostelero. No por cierto; pero comprenderéis...

Crispín. No digáis palabra, que diréis una impertinencia.

Capitán. ¡A vuestra salud!

Leandro. ¡A la vuestra, señores! ¡Por el más grande poeta y el mejor soldado!

Arlequín. ¡Por el más noble señor!

Capitán. ¡Por el más generoso!

Crispín. Y yo también he de beber, aunque sea atrevimiento. Por este día grande entre todos que juntó al más alto poeta, al más valiente capitán, al más noble señor y al más leal criado... Y permitid que mi señor se despida, que los negocios que le traen a esta ciudad no admiten demora.

Leandro. Cierto.

Crispín. ¿No faltaréis a presentarle vuestros respetos cada día?

Arlequín. Y a cada hora; y he de juntar a todos los músicos y

poetas de mi amistad para festejarle con música y canciones.

Capitán. Y yo he de traer a toda mi compañía con antorchas y luminarias.

Leandro. Ofenderéis mi modestia...

Crispín. Y ahora, comed, bebed... ¡Pronto! Servid a estos señores... (*Aparte al Capitán.*) Entre nosotros..., ¿estaréis sin blanca?

Capitán. ¿Qué hemos de deciros?

Crispín. ¡No digáis más! (*Al Hostelero.*) ¡Eh! ¡Aquí! Entregaréis a estos caballeros cuarenta o cincuenta escudos por encargo de mi señor y de parte suya... ¡No dejéis de cumplir sus órdenes!

Hostelero. ¡Descuidad! ¿Cuarenta o cincuenta, decís?

Crispín. Poned sesenta... ¡Caballeros, salud!

Capitán. ¡Viva el más grande caballero!

Arlequín. ¡Viva!

Crispín. ¡Decid ¡viva! también vosotros, gente incivil!

Hostelero y Mozos. ¡Viva!

Crispín. ¡Viva el más alto poeta y el mayor soldado!

Todos. ¡Viva!

Leandro. (*Aparte a Crispín.*) ¿Qué locuras son éstas, Crispín, y cómo saldremos de ellas?

Crispín. Como entramos. Ya lo ves; la poesía y las armas son nuestras... ¡Adelante! ¡Sigamos la conquista del mundo! (*Todos se hacen saludos y reverencias, y Leandro y Crispín se van por la segunda izquierda. El Capitán y Arlequín se disponen a comer los asados que les han preparado el Hostelero y los Mozos que los sirven.*)

Mutación

CUADRO SEGUNDO

Jardín con fachada de un pabellón, con puerta practicable en primer término izquierda. Es de noche.

Escena Primera

Doña Sirena y Colombina saliendo del pabellón.

Sirena. ¿No hay para perder el juicio, Colombina? ¡Que una dama se vea en trance tan afrentoso por gente baja y descomedida! ¿Cómo te atreviste a volver a mi presencia con tales razones?

Colombina. ¿Y no habíais de saberlo?

Sirena. ¡Morir me estaría mejor! ¿Y todos te dijeron lo mismo?

Colombina. Uno por uno y como lo oísteis... El sastre, que no os enviará el vestido mientras no le paguéis todo lo adeudado.

Sirena. ¡El insolente! ¡El salteador de caminos! ¡Cuando es él quien me debe todo su crédito en esta ciudad, que hasta

emplearlo yo en el atavío de mi persona no supo lo que era vestir damas!

Colombina. Y los cocineros y los músicos y los criados todos dijeron lo mismo; que no servirán esta noche en la fiesta si no les pagáis por adelantado.

Sirena. ¡Los sayones! ¡Los foragidos! ¡Cuándo se vio tanta insolencia en gente nacida para servirnos! ¿Es que ya no se paga más que con dinero? ¿Es que ya sólo se estima el dinero en el mundo? ¡Triste de la que se ve como yo, sin el amparo de un marido, ni de parientes, ni de allegados masculinos!... Que una mujer sola nada vale en el mundo por noble y virtuosa que sea. ¡Oh, tiempos de perdición! ¡Tiempos del Apocalipsis! ¡El Anticristo debe ser llegado!

Colombina. Nunca os vi tan apocada. Os desconozco. De mayores apuros supisteis salir adelante.

Sirena. Eran otros tiempos, Colombina. Contaba yo entonces con mi juventud y con mi belleza como poderosos aliados. Príncipes y grandes señores rendíanse a mis plantas.

Colombina. En cambio, no sería tanta vuestra experiencia y conocimiento del mundo como ahora. Y en cuanto a vuestra belleza, nunca estuvo tan en su punto, podéis creerlo.

Sirena. ¡Deja lisonjas! ¡Cuándo me vería yo de este modo si fuera la doña Sirena de mis veinte!

Colombina. ¿Años queréis decir?

Sirena. ¿Pues qué pensaste? ¡Y qué diré de ti, que aun no los cumpliste y no sabes aprovecharlo! ¡Nunca lo creyera

cuando al verme tan sola de criada te adopté por sobrina! Si en vez de malograr tu juventud enamorándote de ese Arlequín, ese poeta que nada puede ofrecerte sino versos y músicas, supieras emplearte mejor, no nos veríamos en tan triste caso.

Colombina. ¿Qué queréis? Aun soy demasiado joven para resignarme a ser amada y no corresponder. Y si he de adiestrarme en hacer padecer por mi amor, necesito saber antes cómo se padece cuando se ama. Yo sabré desquitarme. Aun no cumplí los veinte años. No me creáis con tan poco juicio que piense en casarme con Arlequín.

Sirena. No me fío de ti, que eres muy caprichosa y siempre te dejaste llevar de la fantasía. Pero pensemos en lo que ahora importa. ¿Qué haremos en tan gran apuro? No tardarán en acudir mis convidados, todos personas de calidad y de importancia, y entre ellas el señor Polichinela con su esposa y su hija, que por muchas razones me importan más que todos. Ya sabes cómo frecuentan esta casa algunos caballeros nobilísimos, pero, como yo, harto deslucidos en su nobleza por falta de dinero. Para cualquiera de ellos, la hija del señor Polichinela, con su riquísima dote y el gran caudal que ha de heredar a la muerte de su padre, puede ser un partido muy ventajoso. Muchos son los que la pretenden. En favor de todos ellos interpongo yo mi buena amistad con el señor Polichinela y su esposa. Cualquiera que sea el favorecido, yo sé que ha de corresponder con largueza a mis buenos oficios, que de todos me hice firmar una obligación para asegurarme. Ya no me quedan otros medios que estas mediaciones para reponer en algo mi patrimonio; si de camino algún rico comerciante o mercader se prendara de

ti..., ¿quién sabe?..., aun podía ser esta casa lo que fue en otro tiempo. Pero si esta noche la insolencia de esa gente trasciende, si no puedo ofrecer la fiesta... ¡No quiero pensarlo!..., ¡que será mi ruina!

Colombina. No paséis cuidado. Con qué agasajarlos no ha de faltar. Y en cuanto a músicos y a criados, el señor Arlequín, que por algo es poeta y para algo está enamorado de mí, sabrá improvisarlo todo. Él conoce a muchos truhanes de buen humor que han de prestarse a todo. Ya veréis, no faltará nada, y vuestros convidados dirán que no asistieron en su vida a tan maravillosa fiesta.

Sirena. ¡Ay, Colombina! Si eso fuera, ¡cuánto ganarías en mi afecto! Corre en busca de tu poeta... No hay que perder tiempo.

Colombina. ¿Mi poeta? Del otro lado de estos jardines pasea, de seguro, aguardando una seña mía...

Sirena. No será bien que asista a vuestra entrevista, que yo no debo rebajarme en solicitar tales favores... A tu cargo lo dejo. ¡Que nada falte para la fiesta, y yo sabré recompensar a todos; que esta estrechez angustiosa de ahora no puede durar siempre... o no sería yo doña Sirena!

Colombina. Todo se compondrá. Id descuidada. (*Vase doña Sirena por el pabellón.*)

Escena II

Colombina, después Crispín, que sale por la segunda derecha.

Colombina. (*Dirigiéndose a la segunda derecha y llamando.*) ¡Arlequín! ¡Arlequín! (*Al ver salir a Crispín.*) ¡No es él!

Crispín. No temáis, hermosa Colombina, amada del más soberano ingenio, que por ser raro poeta en todo, no quiso extremar en sus versos las ponderaciones de vuestra belleza. Si de lo vivo a lo pintado fue siempre diferencia, es toda en esta ocasión ventaja de lo vivo, ¡con ser tal la pintura!

Colombina. Y vos, ¿sois también poeta, o sólo cortesano y lisonjero?

Crispín. Soy el mejor amigo de vuestro enamorado Arlequín, aunque sólo de hoy le conozco, pero tales pruebas tuvo de mi amistad en tan corto tiempo. Mi mayor deseo fue el de saludaros, y el señor Arlequín no anduviera tan discreto en complacerme a no fiar tanto de mi amistad, que sin ella, fuera ponerme a riesgo de amaros sólo con haberme puesto en ocasión de veros.

Colombina. El señor Arlequín fiaba tanto en el amor que le tengo como en la amistad que le tenéis. No pongáis todo el mérito de vuestra parte, que es tan necia presunción perdonar la vida a los hombres como el corazón a las mujeres.

Crispín. Ahora advierto que no sois tan peligrosa al que os ve como al que llega a escucharos.

Colombina. Permitid; pero antes de la fiesta preparada para esta noche he de hablar con el señor Arlequín, y...

Crispín. No es preciso. A eso vine, enviado de su parte y de

parte de mi señor, que os besa las manos.

Colombina. ¿Y quién es vuestro señor, si puede saberse?

Crispín. El más noble caballero, el más poderoso... Permitid que por ahora calle su nombre; pronto habéis de conocerle. Mi señor desea saludar a doña Sirena y asistir a su fiesta esta noche.

Colombina. ¡La fiesta! ¿No sabéis...?

Crispín. Lo sé. Mi deber es averiguarlo todo. Sé que hubo inconvenientes que pudieron estorbarla; pero no habrá ninguno, todo está prevenido.

Colombina. ¿Cómo sabéis...?

Crispín. Yo os aseguro que no faltará nada. Suntuoso agasajo, luminarias y fuegos de artificio, músicos y cantores. Será la más lucida fiesta del mundo...

Colombina. ¿Sois algún encantador por ventura?

Crispín. Ya me iréis conociendo. Sólo os diré que por algo juntó hoy el destino a gente de tan buen entendimiento, incapaz de malograrlo con vanos escrúpulos. Mi señor sabe que esta noche asistirá a la fiesta el señor Polichinela, con su hija única, la hermosa Silvia, el mejor partido de esta ciudad. Mi señor ha de enamorarla, mi señor ha de casarse con ella y mi señor sabrá pagar como corresponde los buenos oficios de doña Sirena y los vuestros también si os prestáis a favorecerle.

Colombina. No andáis con rodeos. Debiera ofenderme

vuestro atrevimiento.

Crispín. El tiempo apremia y no me dio lugar a ser comedido.

Colombina. Si ha de juzgarse del amo por el criado...

Crispín. No temáis. A mi amo le hallaréis el más cortés y atento caballero. Mi desvergüenza le permite a él mostrarse vergonzoso. Duras necesidades de la vida pueden obligar al más noble caballero a empleos de rufián, como a la más noble dama a bajos oficios, y esta mezcla de ruindad y nobleza en un mismo sujeto desluce con el mundo. Habilidad es mostrar separado en dos sujetos lo que suele andar junto en uno solo. Mi señor y yo, con ser uno mismo, somos cada uno una parte del otro. ¡Si así fuera siempre! Todos llevamos en nosotros un gran señor de altivos pensamientos, capaz de todo lo grande y de todo lo bello... Y a su lado, el servidor humilde, el de las ruines obras, el que ha de emplearse en las bajas acciones a que obliga la vida... Todo el arte está en separarlos de tal modo, que cuando caemos en alguna bajeza podamos decir siempre: no fue mía, no fui yo, fue mi criado. En la mayor miseria de nuestra vida siempre hay algo en nosotros que quiere sentirse superior a nosotros mismos. Nos despreciaríamos demasiado si no creyésemos valer más que nuestra vida... Ya sabéis quién es mi señor: el de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños. Ya sabéis quién soy yo: el de los ruines empleos, el que siempre, muy bajo, rastrea y socava entre toda mentira y toda indignidad y toda miseria. Sólo hay algo en mí que me redime y me eleva a mis propios ojos. Esta lealtad de mi servidumbre, esta lealtad que se humilla y se arrastra para

que otro pueda volar y pueda ser siempre el señor de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños. (*Se oye música dentro.*)

Colombina. ¿Qué música es ésa?

Crispín. La que mi señor trae a la fiesta, con todos sus pajes y todos sus criados y toda una corte de poetas y cantores presididos por el señor Arlequín, y toda una legión de soldados con el Capitán al frente escoltándole con antorchas...

Colombina. ¿Quién es vuestro señor, que tanto puede? Corro a prevenir a mi señora...

Crispín. No es preciso. Ella acude.

Escena III

Dichos y Doña Sirena, que sale por el pabellón.

Sirena. ¿Qué es esto? ¿Quién previno esa música? ¿Qué tropel de gente llega a nuestra puerta?

Colombina. No preguntéis nada. Sabed que hoy llegó a esta ciudad un gran señor, y es él quien os ofrece la fiesta esta noche. Su criado os informará de todo. Yo aun no sabré deciros si hablé con un gran loco o con un gran bribón. De cualquier modo, os aseguro que él es un hombre extraordinario...

Sirena. ¿Luego no fue Arlequín...?

Colombina. No preguntéis... Todo es como cosa de magia...

Crispín. Doña Sirena, mi señor os pide licencia para besaros las manos. Tan alta señora y tan noble señor no han de entender en intrigas impropias de su condición. Por eso, antes que él llegue a saludaros yo he de decirlo todo. Yo sé de vuestra historia mil notables sucesos que, referidos, me asegurarían toda vuestra confianza... Pero fuera impertinencia puntualizarlos. Mi amo os asegura aquí (*Entregándola un papel*) con su firma la obligación que ha de cumpliros si de vuestra parte sabéis cumplir lo que aquí os propone.

Sirena. ¿Qué papel y qué obligación es ésta?... (*Leyendo el papel para sí.*) ¡Cómo! ¿Cien mil escudos de presente y otros tantos a la muerte del señor Polichinela si llega a casarse con su hija? ¿Qué insolencia es ésta? ¿A una dama? ¿Sabéis con quién habláis? ¿Sabéis qué casa es ésta?

Crispín. Doña Sirena..., ¡excusad la indignación! No hay nadie presente que pueda importaros. Guardad ese papel junto con otros..., y no se hable más del asunto. Mi señor no os propone nada indecoroso ni vos consentiríais en ello... Cuanto aquí suceda será obra de la casualidad y del amor. Fui yo, el criado, el único que tramó estas cosas indignas. Vos sois siempre la noble dama, mi amo el noble señor, que al encontraros esta noche en la fiesta, hablaréis de mil cosas galantes y delicadas, mientras vuestros convidados pasean y conversan a vuestro alrededor, con admiraciones a la hermosura de las damas, al arte de sus galas, a la esplendidez del agasajo, a la dulzura de la música y a la gracia de los bailarines... ¿Y quién se atreverá a decir que no es esto todo? ¿No es así la vida, una fiesta en que la música sirve para disimular palabras y las palabras para disimular

pensamientos? Que la música suene incesante, que la conversación se anime con alegres risas, que la cena esté bien servida..., es todo lo que importa a los convidados. Y ved aquí a mi señor que llega a saludaros con toda gentileza.

Escena IV

Dichos, Leandro, Arlequín y el Capitán, que salen por la segunda derecha.

Leandro. Doña Sirena, bésoos las manos.

Sirena. Caballero...

Leandro. Mi criado os habrá dicho en mi nombre cuanto yo pudiera deciros.

Crispín. Mi señor, como persona grave, es de pocas palabras. Su admiración es muda.

Arlequín. Pero sabe admirar sabiamente.

Capitán. El verdadero mérito.

Arlequín. El verdadero valor.

Capitán. El arte incomparable de la poesía.

Arlequín. La noble ciencia militar.

Capitán. En todo muestra su grandeza.

Arlequín. Es el más noble caballero del mundo.

Capitán. Mi espada siempre estará a su servicio.

Arlequín. He de consagrar a su gloria mi mejor poema.

Crispín. Basta, basta, que ofenderéis su natural modestia. Vedle cómo quisiera ocultarse y desaparecer. Es una violeta.

Sirena. No necesita hablar quien de este modo hace hablar a todos en su alabanza. (*Después de un saludo y reverencia se van todos por la primera derecha. A Colombina.*) ¿Qué piensas de todo esto, Colombina?

Colombina. Que el caballero tiene muy gentil figura y el criado muy gentil desvergüenza.

Sirena. Todo puede aprovecharse. O yo no sé nada del mundo ni de los hombres, o la fortuna se entró hoy por mis puertas.

Colombina. Pues segura es entonces la fortuna; porque del mundo sabéis algo, y de los hombres, ¡no se diga!

Sirena. Risela y Laura, que son las primeras en llegar...

Colombina. ¿Cuándo fueron ellas las últimas en llegar a una fiesta? Os dejo en su compañía, que yo no quiero perder de vista a nuestro caballero... (*Vase por la primera derecha.*)

Escena V

Doña Sirena, Laura y Risela, que salen por la segunda derecha.

Sirena. ¡Amigas! Ya comenzaba a dolerme de vuestra ausencia.

Laura. ¿Pues es tan tarde?

Sirena. Siempre lo es para veros.

Risela. Otras dos fiestas dejamos por no faltar a vuestra casa.

Laura. Por más que alguien nos dijo que no sería esta noche por hallaros algo indispuesta.

Sirena. Sólo por dejar mal a los maldicientes, aun muriendo la hubiera tenido.

Risela. Y nosotras nos hubiéramos muerto y no hubiéramos dejado de asistir a ella.

Laura. ¿No sabéis la novedad?

Risela. No se habla de otra cosa.

Laura. Dicen que ha llegado un personaje misterioso. Unos dicen que es embajador secreto de Venecia o de Francia.

Risela. Otros dicen que viene a buscar esposa para el Gran Turco.

Laura. Aseguran que es lindo como un Adonis.

Risela. Si nos fuera posible conocerle... Debisteis invitarle a vuestra fiesta.

Sirena. No fue preciso, amigas, que él mismo envió un embajador a pedir licencia para ser recibido. Y en mi casa está y le veréis muy pronto.

Laura. ¿Qué decís? Ved si anduvimos acertadas en dejarlo todo por asistir a vuestra casa.

Risela. ¡Cuántas nos envidiarán esta noche!

Laura. Todos rabian por conocerle.

Sirena. Pues yo nada hice por lograrlo. Bastó que él supiera que yo tenía fiesta en mi casa.

Risela. Siempre fue lo mismo con vos. No llega persona importante a la ciudad que luego no os ofrezca sus respetos.

Laura. Ya se me tarda en verle... Llevadnos a su presencia por vuestra vida.

Risela. Sí, sí, llevadnos.

Sirena. Permitid, que llega el señor Polichinela con su familia... Pero id sin mí; no os será difícil hallarle.

Risela. Sí, sí; vamos, Laura.

Laura. Vamos, Risela. Antes de que aumente la confusión y no nos sea posible acercarnos. (*Vanse por la primera derecha.*)

Escena VI

Doña Sirena, Polichinela, la Señora de Polichinela y Silvia, que salen por la segunda derecha.

Sirena. ¡Oh, señor Polichinela! Ya temí que no vendríais. Hasta ahora no comenzó para mí la fiesta.

Polichinela. No fue culpa mía la tardanza. Fue de mi mujer, que entre cuarenta vestidos no supo nunca cuál ponerse.

Señora de Polichinela. Si por él fuera, me presentaría de cualquier modo... Ved cómo vengo de sofocada por apresurarme.

Sirena. Venís hermosa como nunca.

Polichinela. Pues aún no trae la mitad de sus joyas. No podría con tanto peso.

Sirena. ¿Y quién mejor puede ufanarse con que su esposa ostente el fruto de una riqueza adquirida con vuestro trabajo?

Señora de Polichinela. Pero ¿no es hora ya de disfrutar de ella, como yo le digo, y de tener más nobles aspiraciones? Figuraos que ahora quiere casar a nuestra hija con un negociante.

Sirena. ¡Oh, señor Polichinela! Vuestra hija merece mucho más que un negociante. No hay que pensar en eso. No debéis sacrificar su corazón por ningún interés. ¿Qué dices tú, Silvia?

Polichinela. Ella preferirá algún barbilindo, que, muy a pesar mío, es muy dada a novelas y poesía.

Silvia. Yo haré siempre lo que mi padre ordene, sí a mi madre no le contraría y a mí no me disgusta.

Sirena. Eso es hablar con juicio.

Señora de Polichinela. Tu padre piensa que sólo el dinero

vale y se estima en el mundo.

Polichinela. Yo pienso que sin dinero no hay cosa que valga ni se estime en el mundo; que es el precio de todo.

Sirena. ¡No habléis así! ¿Y las virtudes, y el saber, y la nobleza?

Polichinela. Todo tiene su precio, ¿quién lo duda? Nadie mejor que yo lo sabe, que compré mucho de todo eso, y no muy caro.

Sirena. ¡Oh, señor Polichinela! Es humorada vuestra. Bien sabéis que el dinero no es todo, y que si vuestra hija se enamorara de algún noble caballero, no sería bien contrariarla. Yo sé que tenéis un sensible corazón de padre.

Polichinela. Eso sí. Por mi hija sería yo capaz de todo.

Sirena. ¿Hasta de arruinaros?

Polichinela. Eso no sería una prueba de cariño. Antes sería capaz de robar, de asesinar..., de todo.

Sirena. Ya sé que siempre sabríais rehacer vuestra fortuna. Pero la fiesta se anima. Ven conmigo, Silvia. Para danzar téngote destinado un caballero, que habéis de ser la más lucida pareja... (*Se dirigen todos a la primera derecha. Al ir a salir el señor Polichinela, Crispín, que entra por la segunda derecha, le detiene.*)

Escena VII

Crispín y Polichinela

Crispín. ¡Señor Polichinela! Con licencia.

Polichinela. ¿Quién me llama? ¿Qué me queréis?

Crispín. ¿No recordáis de mí? No es extraño. El tiempo todo lo borra, y cuando es algo enojoso lo borrado, no deja ni siquiera el borrón como recuerdo, sino que se apresura a pintar sobre él con alegres colores, esos alegres colores con que ocultáis al mundo vuestras jorobas. Señor Polichinela, cuando yo os conocí, apenas las cubrían unos descoloridos andrajos.

Polichinela. ¿Y quién eres tú y dónde pudiste conocerme?

Crispín. Yo era un mozuelo, tú eras ya todo un hombre. Pero ¿has olvidado ya tantas gloriosas hazañas por esos mares, tantas victorias ganadas al turco, a que no poco contribuimos con nuestro heroico esfuerzo, unidos los dos al mismo noble remo en la misma gloriosa nave?

Polichinela. ¡Imprudente! ¡Calla o...!

Crispín. O harás conmigo como con tu primer amo en Nápoles y con tu primera mujer en Bolonia, y con aquel mercader judío en Venecia...

Polichinela. ¡Calla! ¿Quién eres tú, que tanto sabes y tanto hablas?

Crispín. Soy... lo que fuiste. Y quien llegará a ser lo que eres..., como tú llegaste. No con tanta violencia como tú, porque los tiempos son otros y ya sólo asesinan los locos y los enamorados y cuatro pobretes que aun asaltan a mano armada al transeúnte por calles obscuras o caminos

solitarios. ¡Carne de horca, despreciable!

Polichinela. ¿Y qué quieres de mí? Dinero, ¿no es eso? Ya nos veremos más despacio. No es éste el lugar...

Crispín. No tiembles por tu dinero. Sólo deseo ser tu amigo, tu aliado, como en aquellos tiempos.

Polichinela. ¿Qué puedo hacer por ti?

Crispín. No, ahora soy yo quien va a servirte, quien quiere obligarte con una advertencia... (*Haciéndole que mire a la primera derecha.*) ¿Ves allí a tu hija cómo danza con un joven caballero y cómo sonríe ruborosa al oír sus galanterías? Ese caballero es mi amo.

Polichinela. ¿Tu amo? Será entonces un aventurero, un hombre de fortuna, un bandido como...

Crispín. ¿Como nosotros... vas a decir? No; es más peligroso que nosotros, porque, como ves, su figura es bella, y hay en su mirada un misterio de encanto y en su voz una dulzura que llega al corazón y le conmueve como si contara una historia triste. ¿No es esto bastante para enamorar a cualquier mujer? No dirás que no te he advertido. Corre y separa a tu hija de ese hombre, y no la permitas que baile con él ni que vuelva a escucharle en su vida.

Polichinela. ¿Y dices que es tu amo y así le sirves?

Crispín. ¿Lo extrañas? ¿Te olvidas ya de cuando fuiste criado? Yo aun no pienso asesinarle.

Polichinela. Dices bien; un amo es siempre odioso. Y en

servirme a mí, ¿qué interés es el tuyo?

Crispín. Llegar a buen puerto, como llegamos tantas veces remando juntos. Entonces tú me decías alguna vez: Tú que eres fuerte rema por mí... En esta galera de ahora eres tú más fuerte que yo; rema por mí, por el fiel amigo de entonces, que la vida es muy pesada galera y yo llevo remado mucho. (*Vase por la segunda derecha.*)

Escena VIII

El Señor Polichinela, Doña Sirena, la Señora de Polichinela, Risela y Laura, que salen por la primera derecha.

Laura. Sólo doña Sirena sabe ofrecer fiestas semejantes.

Risela. Y la de esta noche excedió a todas.

Sirena. La presencia de tan singular caballero fue un nuevo atractivo.

Polichinela. ¿Y Silvia? ¿Dónde quedó Silvia? ¿Cómo dejaste a nuestra hija?

Sirena. Callad, señor Polichinela, que vuestra hija se halla en excelente compañía, y en mi casa siempre estará segura.

Risela. No hubo atenciones más que para ella.

Laura. Para ella es todo el agrado.

Risela. Y todos los suspiros.

Polichinela. ¿De quién? ¿De ese caballero misterioso? Pues no me contenta. Y ahora mismo...

Sirena. ¡Pero señor Polichinela...!

Polichinela. ¡Dejadme, dejadme! Yo sé lo que me hago. (*Vase por la primera derecha.*)

Sirena. ¿Qué le ocurre? ¿Qué destemplanza es ésta?

Señora de Polichinela. ¿Veis qué hombre? ¡Capaz será de una grosería con el caballero! ¡Que ha de casar a su hija con algún mercader u hombre de baja estofa! ¡Que ha de hacerla desgraciada para toda la vida!

Sirena. ¡Eso no!..., que sois su madre, y algo ha de valer vuestra autoridad...

Señora de Polichinela. ¡Ved! Sin duda dijo alguna impertinencia, y el caballero ya deja la mano de Silvia, y se retira cabizbajo.

Laura. Y el señor Polichinela parece reprender a vuestra hija...

Sirena. ¡Vamos, vamos! Que no puede consentirse tanta tiranía.

Risela. Ahora vemos, señora Polichinela, que con todas vuestras riquezas no sois menos desgraciada.

Señora de Polichinela. No lo sabéis, que algunas veces llegó hasta golpearme.

Laura. ¿Qué decís? ¿Y fuisteis mujer para consentirlo?

Señora de Polichinela. Luego cree componerlo con traerme algún regalo.

Sirena. ¡Menos mal! Que hay maridos que no lo componen con nada. (*Vanse todas por la primera derecha.*)

Escena IX

Leandro y Crispín, que salen por la segunda derecha.

Crispín. ¿Qué tristeza, qué abatimiento es ése? ¡Con mayor alegría pensé hallarte!

Leandro. Hasta ahora no me vi perdido; hasta ahora no me importó menos perderme. Huyamos, Crispín; huyamos de esta ciudad antes de que nadie pueda descubrirnos y vengan a saber lo que somos.

Crispín. Si huyéramos, es cuando todos lo sabrían y cuando muchos corrieran hasta detenernos y hacernos volver a nuestro pesar, que no parece bien ausentarnos con tanta descortesía, sin despedirnos de gente tan atenta.

Leandro. No te burles, Crispín, que estoy desesperado.

Crispín. ¡Así eres! Cuando nuestras esperanzas llevan mejor camino.

Leandro. ¿Qué puedo esperar? Quisiste que fingiera un amor, y mal sabré fingirlo.

Crispín. ¿Por qué?

Leandro. Porque amo, amo con toda verdad y con toda mi alma.

Crispín. ¿A Silvia? ¿Y de eso te lamentas?

Leandro. ¡Nunca pensé que pudiera amarse de este modo! ¡Nunca pensé que yo pudiera amar! En mi vida errante por todos los caminos, no fui siquiera el que siempre pasa, sino el que siempre huye, enemiga la tierra, enemigos los hombres, enemiga la luz del sol. La fruta del camino, hurtada, no ofrecida, dejó acaso en mis labios algún sabor de amores, y alguna vez, después de muchos días azarosos, en el descanso de una noche, la serenidad del cielo me hizo soñar con algo que fuera en mi vida como aquel cielo de la noche que traía a mi alma el reposo de su serenidad. Y así esta noche en el encanto de la fiesta... me pareció que era un descanso en mi vida... y soñaba... ¡He soñado! Pero mañana será otra vez la huida azarosa, será la Justicia que nos persigue... y no quiero que me halle aquí, donde está ella, donde ella pueda avergonzarse de haberme visto.

Crispín. Yo creí ver que eras acogido con agrado... Y no fui yo solo en advertirlo. Doña Sirena y nuestros buenos amigos el Capitán y el Poeta le hicieron de ti los mayores elogios. A su excelente madre, la señora Polichinela, que sólo sueña emparentar con un noble, le pareciste el yerno de sus ilusiones. En cuanto al señor Polichinela...

Leandro. Sospecha de nosotros..., nos conoce...

Crispín. Sí; al señor Polichinela no es fácil engañarle como a un hombre vulgar. A un zorro viejo como él hay que engañarle con lealtad. Por eso me pareció el mejor medio prevenirle de todo.

Leandro. ¿Cómo?

Crispín. Sí; él me conoce de antiguo... Al decirle que tú eres

mi amo supuso, con razón, que el amo sería digno del criado. Y yo, por corresponder a su confianza, le advertí que de ningún modo consintiera que hablaras con su hija.

Leandro. ¿Eso hiciste? ¿Y qué puedo esperar?

Crispín. ¡Necio eres! Que el señor Polichinela ponga todo su empeño en que no vuelvas a ver a su hija.

Leandro. ¡No lo entiendo!

Crispín. Y que de este modo sea nuestro mejor aliado, porque bastará que él se oponga, para que su mujer le lleve la contraria y su hija se enamore de ti más locamente. Tú no sabes lo que es una joven, hija de un padre rico, criada en el mayor regalo, cuando ve por primera vez en su vida que algo se opone a su voluntad. Estoy seguro de que esta misma noche, antes de terminar la fiesta, consigue burlar la vigilancia de su padre para hablar todavía contigo.

Leandro. ¿Pero no ves que nada me importa del señor Polichinela ni del mundo entero? Que es a ella, sólo a ella, a quien yo no quiero parecer indigno y despreciable..., a quien yo no quiero mentir.

Crispín. ¡Bah! ¡Deja locuras! No es posible retroceder. Piensa en la suerte que nos espera si vacilamos en seguir adelante. ¿Que te has enamorado? Ese amor verdadero nos servirá mejor que si fuera fingido. Tal vez de otro modo hubieras querido ir demasiado de prisa; y si la osadía y la insolencia convienen para todo, sólo en amor sienta bien a los hombres algo de timidez. La timidez del hombre hace ser más atrevidas a las mujeres. Y si lo dudas, aquí tienes a la

inocente Silvia, que llega con el mayor sigilo y sólo espera para acercarse a ti que yo me retire o me esconda.

Leandro. ¿Silvia dices?

Crispín. ¡Chito! ¡Que pudiera espantarse! Y cuando esté a tu lado, mucha discreción..., pocas palabras, pocas... Adora, contempla, admira, y deja que hable por ti el encanto de esta noche azul, propicia a los amores, y esa música que apaga sus sones entre la arboleda y llega como triste de la alegría de la fiesta.

Leandro. No te burles, Crispín; no te burles de este amor que será mi muerte.

Crispín. ¿Por qué he de burlarme? Yo sé bien que no conviene siempre rastrear. Alguna vez hay que volar por el cielo para mejor dominar la tierra. Vuela tú ahora; yo sigo arrastrándome. ¡El mundo será nuestro! (*Vase por la segunda izquierda.*)

Escena Última

Leandro y Silvia, que sale por la primera derecha. Al final, Crispín

Leandro. ¡Silvia!

Silvia. ¿Sois vos? Perdonad; no creí hallaros aquí.

Leandro. Huí de la fiesta. Su alegría me entristece.

Silvia. ¿También a vos?

Leandro. ¿También decís? ¡También os entristece la

alegría!...

Silvia. Mi padre se ha enojado conmigo. ¡Nunca me habló de ese modo! Y con vos también estuvo desatento. ¿Le perdonáis?

Leandro. Sí; lo perdono todo. Pero no le enojéis por mi causa. Volved a la fiesta, que han de buscaros; y si os hallaran aquí a mi lado...

Silvia. Tenéis razón. Pero volved vos también. ¿Por qué habéis de estar triste?

Leandro. No; yo saldré sin que nadie lo advierta... Debo ir muy lejos.

Silvia. ¿Qué decís? ¿No os trajeron asuntos de importancia a esta ciudad? ¿No debíais permanecer aquí mucho tiempo?

Leandro. ¡No, no! ¡Ni un día más! ¡Ni un día más!

Silvia. Entonces... ¿Me habéis mentido?

Leandor. ¡Mentir! No... No digáis que he mentido... No; ésta es la única verdad de mi vida... ¡Este sueño que no debe tener despertar! (*Se oye a lo lejos la música de una canción hasta que cae el telón.*)

Silvia. Es Arlequín que canta... ¿Qué os sucede? ¿Lloráis? ¿Es la música la que os hace llorar? ¿Por qué no decirme vuestra tristeza?

Leandro. ¿Mi tristeza? Ya la dice esa canción. Escuchadla.

Silvia. Desde aquí sólo la música se percibe; las palabras se

pierden. ¿No la sabéis? Es una canción al silencio de la noche, y se llama *El reino de las almas*. ¿No la sabéis?

Leandro. Decidla.

Silvia.

> La noche amorosa, sobre los amantes tiende de su cielo el dosel nupcial. La noche ha prendido sus claros diamantes en el terciopelo de un cielo estival. El jardín en sombra no tiene colores, y es en el misterio de su obscuridad susurro el follaje, aroma las flores y amor... un deseo dulce de llorar. La voz que suspira, y la voz que canta y la voz que dice palabras de amor, impiedad parecen en la noche santa como una blasfemia entre una oración. ¡Alma del silencio, que yo reverencio, tiene tu silencio la inefable voz de los que murieron amando en silencio; de los que callaron muriendo de amor; de los que en la vida por amarnos mucho tal vez no supieron su amor expresar! ¿No es la voz acaso que en la noche escucho y cuando amor dice, dice eternidad? ¡Madre de mi alma! ¿No es luz de tus ojos la luz de esa estrella que como una lágrima de amor infinito en la noche tiembla? ¡Dile a la que hoy amo que yo no amé nunca más que a ti en la tierra, y desde que has muerto sólo me ha besado la luz de esa estrella!

Leandro.

> ¡Madre de mi alma! Yo no he amado nunca más

que a ti en la tierra, y desde que has muerto sólo me ha besado la luz de esa estrella.

(*Quedan en silencio, abrazados y mirándose.*)

Crispín. (*Que aparece por la segunda izquierda. Aparte.*)

¡Noche, poesía, locuras de amante!... ¡Todo ha de servirnos en esta ocasión! ¡El triunfo es seguro! ¡Valor y adelante! ¿Quién podrá vencernos si es nuestro el amor?

(*Silvia y Leandro, abrazados, se dirigen muy despacio a la primera derecha. Crispín los sigue sin ser visto por ellos. El telón va bajando muy despacio.*)

ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Sala en casa de Leandro

Escena Primera

Crispín, el Capitán, Arlequín. Salen por la segunda derecha, o sea el pasillo.

Crispín. Entrad, caballeros, y sentaos con toda comodidad. Diré que os sirvan algo... ¡Hola! ¡Eh! ¡Hola!

Capitán. De ningún modo. No aceptamos nada.

Arlequín. Sólo venimos a ofrecernos a tu señor, después de lo que hemos sabido.

Capitán. ¡Increíble traición, que no quedará sin castigar! ¡Yo te aseguro que si el señor Polichinela se pone al alcance de mi mano...!

Arlequín. ¡Ventaja de los poetas! Yo siempre le tendré al alcance de mis versos... ¡Oh! La tremenda sátira que pienso dedicarle... ¡Viejo dañino, viejo malvado!

Capitán. ¿Y dices que tu amo no fue siquiera herido?

Crispín. Pero pudo ser muerto. ¡Figuraos! ¡Una docena de espadachines asaltándole de improviso! Gracias a su valor, a su destreza, a mis voces...

Arlequín. ¿Y ello sucedió anoche, cuando tu señor hablaba con Silvia por la tapia de su jardín?

Crispín. Ya mi señor había tenido aviso...; pero ya le conocéis: no es hombre para intimidarse por nada.

Capitán. Pero debió advertirnos...

Arlequín. Debió advertir al señor Capitán. Él le hubiera acompañado gustoso.

Crispín. Ya conocéis a mi señor. Él solo se basta.

Capitán. ¿Y dices que por fin conseguiste atrapar por el cuello a uno de los malandrines, que confesó que todo estaba preparado por el señor Polichinela para deshacerse de tu amo?...

Crispín. ¿Y quién sino él podía tener interés en ello? Su hija ama a mi señor; él trata de casarla a su gusto; mi señor

estorba sus planes, y el señor Polichinela supo toda su vida cómo suprimir estorbos. ¿No enviudó dos veces en poco tiempo? ¿No heredó en menos a todos sus parientes, viejos y jóvenes? Todos lo saben, nadie dirá que le calumnio... ¡Ah! La riqueza del señor Polichinela es un insulto a la humanidad y a la justicia. Sólo entre gente sin honor puede triunfar impune un hombre como el señor Polichinela.

Arlequín. Dices bien. Y yo en mi sátira he de decir todo eso... Claro que sin nombrarle, porque la poesía no debe permitirse tanta licencia.

Crispín. ¡Bastante le importará a él de vuestra sátira!

Capitán. Dejadme, dejadme a mí, que como él se ponga al alcance de mi mano... Pero bien sé que él no vendrá a buscarme.

Crispín. Ni mi señor consentiría que se ofendiera al señor Polichinela. A pesar de todo, es el padre de Silvia. Lo que importa es que todos sepan en la ciudad cómo mi amo estuvo a punto de ser asesinado; cómo no puede consentirse que ese viejo zorro contraríe la voluntad y el corazón de su hija.

Arlequín. No puede consentirse; el amor está sobre todo.

Crispín. Y si mi amo fuera algún ruin sujeto... Pero, decidme: ¿no es el señor Polichinela el que debía enorgullecerse de que mi señor se haya dignado enamorarse de su hija y aceptarle por suegro? ¡Mi señor, que a tantas doncellas de linaje excelso ha despreciado, y por quien más de cuatro princesas hicieron cuatro mil locuras!... Pero ¿quién llega? (*Mirando hacia la segunda derecha.*) ¡Ah,

Colombina! ¡Adelante, graciosa Colombina, no hayas temor! (*Sale Colombina.*) Todos somos amigos, y nuestra mutua amistad te defiende de nuestra unánime admiración.

Escena II

Dichos y Colombina, que sale por la segunda derecha, o sea el pasillo.

Colombina. Doña Sirena me envía a saber de tu señor. Apenas rayaba el día, vino Silvia a nuestra casa, y refirió a mi señora todo lo sucedido. Dice que no volverá a casa de su padre, ni saldrá de casa de mi señora más que para ser la esposa del señor Leandro.

Crispín. ¿Eso dice? ¡Oh, noble joven! ¡Oh, corazón amante!

Arlequín. ¡Qué epitalamio pienso componer a sus bodas!

Colombina. Silvia cree que Leandro está malherido... Desde su balcón oyó ruido de espadas, tus voces en demanda de auxilio. Después cayó sin sentido, y así la hallaron al amanecer. Decidme lo que sea del señor Leandro, pues muere de angustia hasta saberlo, y mi señora también quedó en cuidado.

Crispín. Dile que mi señor pudo salvarse, porque amor le guardaba; dile que sólo de amor muere con incurable herida... Dile... (*Viendo venir a Leandro.*) ¡Ah! Pero aquí llega él mismo, que te dirá cuanto yo pudiera decirte.

Escena III

Dichos y Leandro, que sale por la primera derecha.

Capitán. (*Abrazándole.*) ¡Amigo mío!

Arlequín. (*Abrazándole.*) ¡Amigo y señor!

Colombina. ¡Ah, señor Leandro! ¡Que estáis salvo! ¡Qué alegría!

Leandro. ¿Cómo supisteis?

Colombina. En toda la ciudad no se habla de otra cosa; por las calles se reúne la gente en corrillos, y todos murmuran y claman contra el señor Polichinela.

Leandro. ¿Qué decís?

Capitán. ¡Y si algo volviera a intentar contra vos...!

Arlequín. ¿Y si aún quisiera oponerse a vuestros amores?

Colombina. Todo sería inútil. Silvia está en casa de mi señora, y sólo saldrá de allí para ser vuestra esposa...

Leandro. ¿Silvia en vuestra casa? Y su padre...

Colombina. El señor Polichinela hará muy bien en ocultarse.

Capitán. ¡Creyó que a tanto podría atreverse con su riqueza insolente!

Arlequín. Pudo atreverse a todo, pero no al amor...

Colombina. ¡Pretender asesinaros tan villanamente!

Crispín. ¡Doce espadachines, doce..., yo los conté!

Leandro. Yo sólo pude distinguir a tres o cuatro.

Crispín. Mi señor concluirá por deciros que no fue tanto el riesgo, por no hacer mérito de su serenidad y de su valor... ¡Pero yo lo vi! Doce eran, doce, armados hasta los dientes, decididos a todo. ¡Imposible me parece que escapara con vida!

Colombina. Corro a tranquilizar a Silvia y a mi señora.

Crispín. Escucha, Colombina. A Silvia, ¿no fuera mejor no tranquilizarla?...

Colombina. Déjalo a cargo de mi señora. Silvia cree a estas horas que tu señor está moribundo, y aunque doña Sirena finge contenerla..., no tardará en venir aquí sin reparar en nada.

Crispín. Mucho fuera que tu señora no hubiera pensado en todo.

Capitán. Vamos también, pues ya en nada podemos aquí serviros. Lo que ahora conviene es sostener la indignación de las gentes contra el señor Polichinela.

Arlequín. Apedrearemos su casa... Levantaremos a toda la ciudad en contra suya... Sepa que si hasta hoy nadie se atrevió contra él, hoy todos juntos nos atrevemos; sepa que hay un espíritu y una conciencia en la multitud.

Colombina. Él mismo tendrá que venir a rogaros que toméis a su hija por esposa.

Crispín. Sí, sí; corred, amigos. Ved que la vida de mi señor no está segura... El que una vez quiso asesinarle, no se detendrá por nada.

Capitán. No temas... ¡Amigo mío!

Arlequín. ¡Amigo y señor!

Colombina. ¡Señor Leandro!

Leandro. Gracias a todos, amigos míos, amigos leales. (*Se van todos, menos Leandro y Crispín, por la segunda derecha.*)

Escena IV

Leandro y Crispín

Leandro. ¿Qué es esto, Crispín? ¿Qué pretendes? ¿Hasta dónde has de llevarme con tus enredos? ¿Piensas que lo creí? Tú pagaste a los espadachines; todo fue invención tuya. ¡Mal hubiera podido valerme contra todos si ellos no vinieran de burla!

Crispín. ¿Y serás capaz de reñirme, cuando así anticipo el logro de tus esperanzas?

Leandro. No, Crispín, no. ¡Bien sabes que no! Amo a Silvia y no lograré su amor con engaños, suceda lo que suceda.

Crispín. Bien sabes lo que ha de sucederte... ¡Si amar es resignarse a perder lo que se ama por sutilezas de conciencia... que Silvia misma no ha de agradecerte!...

Leandro. ¿Qué dices? ¡Si ella supiera quién soy!

Crispín. Y cuando lo sepa, ya no serás el que fuiste: serás su esposo, su enamorado esposo, todo lo enamorado y lo fiel y lo noble que tú quieras y ella pueda desear... Una vez dueño

de su amor... y de su dote, ¿no serás el más perfecto caballero? Tú no eres como el señor Polichinela, que con todo su dinero que tantos lujos le permite, aun no se ha permitido el lujo de ser honrado... En él es naturaleza la truhanería; pero en ti, en ti fue sólo necesidad... Y aun si no me hubieras tenido a tu lado, ya te hubieras dejado morir de hambre de puro escrupuloso. ¡Ah! ¿Crees que si yo hubiera hallado en ti otro hombre me hubiera contentado con dedicarte a enamorar?... No; te hubiera dedicado a la política, y, no el dinero del señor Polichinela, el mundo hubiera sido nuestro... Pero no eres ambicioso, te contentas con ser feliz...

Leandro. ¿Pero no viste que mal podía serlo? Si hubiera mentido para ser amado y ser rico de este modo, hubiera sido porque yo no amaba, y mal podía ser feliz. Y si amo, ¿cómo puedo mentir?

Crispín. Pues no mientas. Ama, ama con todo tu corazón, inmensamente. Pero defiende tu amor sobre todo. En amor no es mentir callar lo que puede hacernos perder la estimación del ser amado.

Leandro. Ésas sí que son sutilezas, Crispín.

Crispín. Que tú debiste hallar antes si tu amor fuera como dices. Amor es todo sutilezas y la mayor de todas no es engañar a los demás, sino engañarse a sí mismo.

Leandro. Yo no puedo engañarme, Crispín. No soy de esos hombres que cuando venden su conciencia se creen en el caso de vender también su entendimiento.

Crispín. Por eso dije que no servías para la política. Y bien dices. Que el entendimiento es la conciencia de la verdad, y el que llega a perderla entre las mentiras de su vida, es como si se perdiera a sí propio, porque ya nunca volverá a encontrarse ni a conocerse, y él mismo vendrá a ser otra mentira.

Leandro. ¿Dónde aprendiste tanto, Crispín?

Crispín. Medité algún tiempo en galeras, donde esta conciencia de mi entendimiento me acusó más de torpe que de pícaro. Con más picardía y menos torpeza, en vez de remar en ellas pude haber llegado a mandarlas. Por eso juré no volver en mi vida. Piensa de qué no seré capaz ahora que por tu causa me veo a punto de quebrantar mi juramento.

Leandro. ¿Qué dices?

Crispín. Que nuestra situación es ya insostenible, que hemos apurado nuestro crédito, y las gentes ya empiezan a pedir algo efectivo. El Hostelero, que nos albergó con toda esplendidez por muchos días, esperando que recibieras tus libranzas. El señor Pantalón, que fiado en el crédito del Hostelero, nos proporcionó cuanto fue preciso para instalarnos con suntuosidad en esta casa... Mercaderes de todo género, que no dudaron en proveernos de todo, deslumbrados por tanta grandeza. Doña Sirena misma, que tan buenos oficios nos ha prestado en tus amores... Todos han esperado lo razonable, y sería injusto pretender más de ellos, ni quejarse de tan amable gente... ¡Con letras de oro quedará grabado en mi corazón el nombre de esta insigne ciudad, que desde ahora declaro por mi madre adoptiva! A

más de esto..., ¿olvidas que de otras partes habrán salido y andarán en busca nuestra? ¿Piensas que las hazañas de Mantua y de Florencia son para olvidarlas? ¿Recuerdas el famoso proceso de Bolonia?... ¡Tres mil doscientos folios sumaba cuando nos ausentamos alarmados de verle crecer tan sin tino! ¿Qué no habrá aumentado bajo la pluma de aquel gran doctor jurista que la había tomado por su cuenta? ¡Qué de considerandos y de resultandos de que no resultará cosa buena! ¿Y aun dudas? ¿Y aun me reprendes porque di la batalla que puede decidir en un día de nuestra suerte?

Leandro. ¡Huyamos!

Crispín. ¡No! ¡Basta de huir a la desesperada! Hoy ha de fijarse nuestra fortuna... Te di el amor, dame tú la vida.

Leandro. ¿Pero cómo salvarnos? ¿Qué puedo yo hacer? Dime.

Crispín. Nada ya. Basta con aceptar lo que los demás han de ofrecernos... Piensa que hemos creado muchos intereses y es interés de todos el salvarnos.

Escena V

Dichos y Doña Sirena, que sale por la segunda derecha, o sea el pasillo.

Sirena. ¿Dais licencia, señor Leandro?

Leandro. ¡Doña Sirena! ¿Vos en mi casa?

Sirena. Ya veis a lo que me expongo. A tantas lenguas maldicientes. ¡Yo en casa de un caballero, joven, apuesto!...

Crispín. Mi señor sabría hacer callar a los maldicientes si alguno se atreviera a poner sospecha en vuestra fama.

Sirena. ¿Tu señor? No me fío. ¡Los hombres son tan jactanciosos! Pero en nada reparo por serviros. ¿Qué me decís, señor, que anoche quisieron daros muerte? No se habla de otra cosa... ¡Y Silvia! ¡Pobre niña! ¡Cuánto os ama! ¡Quisiera saber qué hicisteis para enamorarla de ese modo!

Crispín. Mi señor sabe que todo lo debe a vuestra amistad.

Sirena. No diré yo que no me deba mucho..., que siempre hablé de él como yo no debía, sin conocerle lo bastante... A mucho me atreví por amor vuestro. Si ahora faltarais a vuestras promesas...

Crispín. ¿Dudáis de mi señor? ¿No tenéis cédula firmada de su mano?...

Sirena. ¡Buena mano y buen nombre! ¿Pensáis que todos no nos conocemos? Yo sé confiar y sé que el señor Leandro cumplirá como debe. Pero si vierais que hoy es un día aciago para mí, y por lograr hoy una mitad de lo que se me ha ofrecido perdería gustosa la otra mitad...

Crispín. ¿Hoy decís?

Sirena. ¡Día de tribulaciones! Para que nada falte, veinte años hace hoy también que perdí a mi segundo marido, que fue el primero, el único amor de mi vida.

Crispín. Dicho sea en elogio del primero.

Sirena. El primero me fue impuesto por mi padre. Yo no le

amaba, y a pesar de ello supe serle fiel.

Crispín. ¿Qué no sabréis vos, doña Sirena?

Sirena. Pero dejemos los recuerdos, que todo lo entristecen. Hablemos de esperanzas. ¿Sabéis que Silvia quiso venir conmigo?

Leandro. ¿Aquí, a esta casa?

Sirena. ¿Qué os parece? ¿Qué diría el señor Polichinela? ¡Con toda la ciudad soliviantada contra él, fuerza le sería casaros!

Leandro. No, no; impedidla que venga.

Crispín. ¡Chits! Comprenderéis que mi señor no dice lo que siente.

Sirena. Lo comprendo... ¿Qué no daría él por ver a Silvia a su lado, para no separarse nunca de ella?

Crispín. ¿Qué daría? ¡No lo sabéis!

Sirena. Por eso lo pregunto.

Crispín. ¡Ah, doña Sirena!... Si mi señor es hoy esposo de Silvia, hoy mismo cumplirá lo que os prometió.

Sirena. ¿Y si no lo fuera?

Crispín. Entonces... lo habréis perdido todo. Ved lo que os conviene.

Leandro. ¡Calla, Crispín! ¡Basta! No puedo consentir que mi

amor se trate como mercancía. Salid, doña Sirena; decid a Silvia que vuelva a casa de su padre, que no venga aquí en modo alguno, que me olvide para siempre, que yo he de huir donde no vuelva a saber de mi nombre... ¡Mi nombre! ¿Tengo yo nombre acaso?

Crispín. ¿No callarás?

Sirena. ¿Qué le dio? ¡Qué locura es ésta! ¡Volved en vos! ¡Renunciar de ese modo a tan gran ventura!... Y no se trata sólo de vos. Pensad que hay quien todo lo fió en vuestra suerte, y no puede burlarse así de una dama de calidad que a tanto se expuso por serviros. Vos no haréis tal locura; vos os casaréis con Silvia, o habrá quien sepa pediros cuenta de vuestros engaños, que no estoy tan sola en el mundo como pudiste creer, señor Leandro.

Crispín. Doña Sirena dice muy bien. Pero creed que mi señor sólo habla así ofendido por vuestra desconfianza.

Sirena. No es desconfianza en él... Es, todo he de decirlo..., es que el señor Polichinela no es hombre para dejarse burlar..., y ante el clamor que habéis levantado contra él con vuestra estratagema de anoche...

Crispín. ¿Estratagema decís?

Sirena. ¡Bah! Todos nos conocemos. Sabed que uno de los espadachines es pariente mío, y los otros me son también muy allegados... Pues bien: el señor Polichinela no se ha descuidado, y ya se murmura por la ciudad que ha dado aviso a la Justicia de quién sois y cómo puede perderos; dícese también que hoy llegó de Bolonia un proceso...

Crispín. ¡Y un endiablado doctor con él! Tres mil novecientos folios...

Sirena. Todo esto se dice, se asegura. Ved si importa no perder tiempo.

Crispín. ¿Y quién lo malgasta y lo pierde sino vos? Volved a vuestra casa... Decid a Silvia...

Sirena. Silvia está aquí. Vino junto con Colombina, como otra doncella de mi acompañamiento. En vuestra antecámara espera. Le dije que estabais muy malherido...

Leandro. ¡Oh, Silvia mía!

Sirena. Sólo pensó en que podíais morir...; nada pensó en lo que arriesgaba con venir a veros. ¿Soy vuestra amiga?

Crispín. Sois adorable. Pronto. Acostaos aquí, haceos del doliente y del desmayado. Ved que si es preciso yo sabré que lo estéis de veras. (*Amenazándole y haciéndole sentar en un sillón.*)

Leandro. Sí, soy vuestro, lo sé, lo veo... Pero Silvia no lo será. Sí, quiero verla; decidle que llegue, que he de salvarla a pesar vuestro, a pesar de todos, a pesar de ella misma.

Crispín. Comprenderéis que mi señor no siente lo que dice.

Sirena. No lo creo tan necio ni tan loco. Ven conmigo. (*Se va con Crispín por la segunda derecha, o sea el pasillo.*)

Escena VI

Leandro y Silvia, que sale por la segunda derecha.

Leandro. ¡Silvia! ¡Silvia mía!

Silvia. ¿No estás herido?

Leandro. No; ya lo ves... Fue un engaño, un engaño más para traerte aquí. Pero no temas; pronto vendrá tu padre, pronto saldrás con él sin que nada tengas que reprocharme... ¡Oh! Sólo el haber empañado la serenidad de tu alma con una ilusión de amor, que para ti sólo será el recuerdo de un mal sueño.

Silvia. ¿Qué dices, Leandro? ¿Tu amor no era verdad?

Leandro. ¡Mi amor, sí...; por eso no ha de engañarte! Sal de aquí pronto, antes de que nadie, fuera de los que aquí te trajeron, pueda saber que viniste.

Silvia. ¿Qué temes? ¿No estoy segura en tu casa? Yo no dudé en venir a ella... ¿Qué peligros pueden amenazarme a tu lado?

Leandro. Ninguno; dices bien. Mi amor te defiende de tu misma inocencia.

Silvia. No he de volver a casa de mi padre después de su acción horrible.

Leandro. No, Silvia, no culpes a tu padre. No fue él; fue otro engaño más, otra mentira... Huye de mí, olvida a este miserable aventurero, sin nombre, perseguido por la Justicia.

Silvia. ¡No, no es cierto! Es que la conducta de mi padre me hizo indigna de vuestro cariño. Eso es. Lo comprendo... ¡Pobre de mí!

Leandro. ¡Silvia! ¡Silvia mía! ¡Qué crueles tus dulces palabras! ¡Qué cruel esa noble confianza de tu corazón, ignorante del mal y de la vida!

Escena VII

Dichos y Crispín, que sale corriendo por la segunda derecha.

Crispín. ¡Señor! ¡Señor! El señor Polichinela llega.

Silvia. ¡Mi padre!

Leandro. ¡Nada importa! Yo os entregaré a él por mi mano.

Crispín. Ved que no viene solo, sino con mucha gente y justicia con él.

Leandro. ¡Ah! ¡Si te hallan aquí! ¡En mi poder! Sin duda tú les diste aviso... Pero no lograréis vuestro propósito.

Crispín. ¿Yo? No por cierto... Que esto va de veras, y ya temo que nadie pueda salvarnos.

Leandro. ¡A nosotros, no; ni he de intentarlo!... Pero a ella, sí. Conviene ocultarte; queda aquí.

Silvia. ¿Y tú?

Leandro. Nada temas. ¡Pronto, que llegan! (*Esconde a Silvia en la habitación del foro, diciéndole a Crispín*): Tú verás lo que trae a esa gente. Sólo cuida de que nadie entre ahí hasta mi regreso... No hay otra huida. (*Se dirige a la ventana.*)

Crispín. (*Deteniéndole.*) ¡Señor! ¡Tente! ¡No te mates así!

Leandro. No pretendo matarme ni pretendo escapar; pretendo salvarla. (*Trepa hacia arriba por la ventana y desaparece.*)

Crispín. ¡Señor, señor! ¡Menos mal! Creí que intentaba arrojarse al suelo, pero trepó hacia arriba... Esperemos todavía... Aun quiere volar... Es su región, las alturas. Yo a la mía, la tierra... Ahora más que nunca conviene afirmarse en ella. (*Se sienta en un sillón con mucha calma.*)

Escena VIII

Crispín, el Señor Polichinela, el Hostelero, el Señor Pantalón, el Capitán, Arlequín, el Doctor, el Secretario y dos Alguaciles con enormes protocolos de curia. Todos salen por la segunda derecha, o sea el pasillo.

Polichinela. (*Dentro, a gente que se supone fuera.*) ¡Guardad bien las puertas, que nadie salga, hombre ni mujer, ni perro ni gato!

Hostelero. ¿Dónde están, dónde están esos bandoleros, esos asesinos?

Pantalón. ¡Justicia! ¡Justicia! ¡Mi dinero! ¡Mi dinero! (*Van saliendo todos por el orden que se indica. El Doctor y el Secretario se dirigen a la mesa y se disponen a escribir. Los dos alguaciles de pie, teniendo en las manos los enormes protocolos del proceso.*)

Capitán. Pero ¿es posible lo que vemos, Crispín?

Arlequín. ¿Es posible lo que sucede?

Pantalón. ¡Justicia! ¡Justicia! ¡Mi dinero! ¡Mi dinero!

Hostelero. ¡Que los prendan..., que se aseguren de ellos!

Pantalón. ¡No escaparán..., no escaparán!

Crispín. Pero ¿qué es esto? ¿Cómo se atropella así la mansión de un noble caballero? Agradezcan la ausencia de mi señor.

Pantalón. ¡Calla, calla, que tú eres su cómplice y has de pagar con él!

Hostelero. ¿Cómo cómplice? Tan delincuente como su pretendido señor..., que él fue quien me engañó.

Capitán. ¿Qué significa esto, Crispín?

Arlequín. ¿Tiene razón esta gente?

Polichinela. ¿Qué dices ahora, Crispín? ¿Pensaste que habían de valerte tus enredos conmigo? ¿Conque yo pretendí asesinar a tu señor? ¿Conque yo soy un viejo avaro que sacrifica a su hija? ¿Conque toda la ciudad se levanta contra mí llenándome de insultos? Ahora veremos.

Pantalón. Dejadle, señor Polichinela, que éste es asunto nuestro, que al fin vos no habéis perdido nada. Pero yo... ¡todo mi caudal, que lo presté sin garantía! ¡Perdido me veré para toda la vida! ¿Qué será de mí?

Hostelero. ¿Y yo, decidme, que gasté lo que no tenía y aun hube de empeñarme por servirle como creí correspondía a su calidad? ¡Esto es mi destrucción, mi ruina!

Capitán. ¡Y nosotros también fuimos ruinmente engañados! ¿Qué se dirá de mí, que puse mi espada y mi valor al servicio de un aventurero?

Arlequín. ¿Y de mí, que le dediqué soneto tras soneto como al más noble señor?

Polichinela. ¡Ja, ja, ja!

Pantalón. ¡Sí, reíd, reíd!... Como nada perdisteis...

Hostelero. Como nada os robaron...

Pantalón. ¡Pronto, pronto! ¿Dónde está el otro pícaro?

Hostelero. Registradlo todo hasta dar con él.

Crispín. Poco a poco. Si dais un solo paso...(*Amenazando con la espada.*)

Pantalón. ¿Amenazas todavía? ¿Y esto ha de sufrirse? ¡Justicia, justicia!

Hostelero. ¡Eso es, justicia!

Doctor. Señores... Si no me atendéis, nada conseguiremos. Nadie puede tomarse justicia por su mano, que la justicia no es atropello ni venganza, y *summum jus, summa injuria*. La Justicia es todo sabiduría, y la sabiduría es todo orden, y el orden es todo razón, y la razón es todo procedimiento, y el procedimiento es todo lógica. *Barbara*, *Celare*, *Dario*, *Ferioque*, *Baralipton*, depositad en mí vuestros agravios y querellas, que todo ha de unirse a este proceso que conmigo traigo.

Crispín. ¡Horror! ¡Aun ha crecido!

Doctor. Constan aquí otros muchos delitos de estos hombres, y a ellos han de sumarse estos de que ahora les acusáis. Y yo seré parte en todos ellos; sólo así obtendréis la debida satisfacción y justicia. Escribid, señor Secretario, y vayan deponiendo los querellantes.

Pantalón. Dejadnos de embrollos, que bien conocemos vuestra justicia.

Hostelero. No se escriba nada, que todo será poner lo blanco negro... Y quedaremos nosotros sin nuestro dinero y ellos sin castigar.

Pantalón. Eso, eso... ¡Mi dinero, mi dinero! ¡Y después justicia!

Doctor. ¡Gente indocta, gente ignorante, gente incivil! ¿Qué idea tenéis de la Justicia? No basta que os digáis perjudicados si no pareciere bien claramente que hubo intención de causaros perjuicio, esto es, fraude o dolo, que no es lo mismo... aunque la vulgar acepción los confunda. Pero sabed... que en el un caso...

Pantalón. ¡Basta! ¡Basta! Que acabaréis por decir que fuimos nosotros los culpables.

Doctor. ¡Y como pudiera ser si os obstináis en negar la verdad de los hechos!...

Hostelero. ¡Ésta es buena! Que fuimos robados. ¿Quiere más verdad ni más claro delito?

Doctor. Sabed que robo no es lo mismo que hurto; y mucho menos que fraude o dolo, como dije primero. Desde las doce tablas hasta Justiniano, Triboniano, Emiliano y Triberiano...

Pantalón. Todo fue quedarnos sin nuestro dinero... Y de ahí no habrá quien nos saque.

Polichinela. El señor Doctor habla muy en razón. Confiad en él, y que todo conste en proceso.

Doctor. Escribid, escribid luego, señor Secretario.

Crispín. ¿Quieren oírme?

Pantalón. ¡No, no! Calle el pícaro..., calle el desvergonzado.

Hostelero. Ya hablaréis donde os pesará.

Doctor. Ya hablará cuando le corresponda, que a todos ha de oírse en justicia... Escribid, escribid. En la ciudad de..., a tantos... No sería malo proceder primeramente al inventario de cuanto hay en la casa.

Crispín. No dará tregua a la pluma...

Doctor. Y proceder al depósito de fianza por parte de los querellantes, por que no pueda haber sospecha en su buena fe. Bastará con dos mil escudos de presente y caución de todos sus bienes...

Pantalón. ¿Qué decís? ¡Nosotros dos mil escudos!

Doctor. Ocho debieran ser; pero basta que seáis personas de algún crédito para que todo se tenga en cuenta, que nunca fui desconsiderado...

Hostelero. ¡Alto, y no se escriba más, que no hemos de pasar por eso!

Doctor. ¿Cómo? ¿Así se atropella a la Justicia? Ábrase proceso separado por violencia y mano airada contra un ministro de Justicia en funciones de su ministerio.

Pantalón. ¡Este hombre ha de perdernos!

Hostelero. ¡Está loco!

Doctor. ¿Hombre y loco, decís? Hablen con respeto. Escribid, escribid que hubo también ofensas de palabra...

Crispín. Bien os está por no escucharme.

Pantalón. Habla, habla, que todo será mejor, según vemos.

Crispín. Pues atajen a ese hombre, que levantará un monte con sus papelotes.

Pantalón. ¡Basta, basta ya, decimos!

Hostelero. Deje la pluma...

Doctor. Nadie sea osado a poner mano en nada.

Crispín. Señor Capitán, sírvanos vuestra espada, que es también atributo de justicia.

Capitán. (*Va a la mesa y da un fuerte golpe con la espada en los papeles que está escribiendo el Doctor.*) Háganos la merced de no escribir más.

Doctor. Ved lo que es pedir las cosas en razón. Suspended

las actuaciones, que hay cuestión previa a dilucidar... Hablen las partes entre sí... Bueno fuera, no obstante, proceder en el ínterin al inventario...

Pantalón. ¡No, no!

Doctor. Es formalidad que no puede evitarse.

Crispín. Ya escribiréis cuando sea preciso. Dejadme ahora hablar aparte con estos honrados señores.

Doctor. Si os conviene sacar testimonio de cuanto aquí les digáis...

Crispín. Por ningún modo. No se escriba una letra, o no hablaré palabra.

Capitán. Deje hablar al mozo.

Crispín. ¿Y qué he de deciros? ¿De qué os quejáis? ¿De haber perdido vuestro dinero? ¿Qué pretendéis? ¿Recobrarlo?

Pantalón. ¡Eso, eso! ¡Mi dinero!

Hostelero. ¡Nuestro dinero!

Crispín. Pues escuchadme aquí... ¿De dónde habéis de cobrarlo si así quitáis crédito a mi señor y así hacéis imposible su boda con la hija del señor Polichinela? ¡Voto a..., que siempre pedí tratar con pícaros mejor que con necios! Ved lo que hicisteis y cómo se compondrá ahora con la Justicia de por medio. ¿Qué lograréis ahora si dan con nosotros en galeras o en sitio peor? ¿Será buena moneda para

cobraros las túrdigas de nuestro pellejo? ¿Seréis más ricos, más nobles, o más grandes, cuando nosotros estemos perdidos? En cambio, si no nos hubierais estorbado a tan mal tiempo, hoy, hoy mismo tendríais vuestro dinero, con todos sus intereses..., que ellos solos bastarían a llevaros a la horca, si la Justicia no estuviera en esas manos y en esas plumas... Ahora haced lo que os plazca, que ya os dije lo que os convenía...

Doctor. Quedaron suspensos...

Capitán. Yo aun no puedo creer que ellos sean tales bellacos.

Polichinela. Este Crispín... Capaz será de convencerlos...

Pantalón. (*Al Hostelero.*) ¿Qué decís a esto? Bien mirado...

Hostelero. ¿Qué decís vos?

Pantalón. Dices que hoy mismo se hubiera casado tu amo con la hija del señor Polichinela. ¿Y si él no da su consentimiento?...

Crispín. De nada ha de servirle. Que su hija huyó con mi señor..., y lo sabrá todo el mundo... Y a él más que a nadie importa que nadie sepa cómo su hija se perdió por un hombre sin condición, perseguido por la Justicia.

Pantalón. Si así fuera... ¿Qué decís vos?

Hostelero. No nos ablandemos. Ved que el bellacón es maestro en embustes.

Pantalón. Decís bien. No sé cómo pude creerlo. ¡Justicia!

¡Justicia!

Crispín. ¡Ved que lo perdéis todo!

Pantalón. Veamos todavía... Señor Polichinela, dos palabras.

Polichinela. ¿Qué me queréis?

Pantalón. Suponed que nosotros no hubiéramos tenido razón para quejarnos. Suponed que el señor Leandro fuera, en efecto, el más noble caballero..., incapaz de una baja acción...

Polichinela. ¿Qué decís?

Pantalón. Suponed que vuestra hija le amara con locura, hasta el punto de haber huido con él de vuestra casa.

Polichinela. ¿Que mi hija huyó de mi casa y con ese hombre? ¿Quién lo dijo? ¿Quién fue el desvergonzado...?

Pantalón. No os alteréis. Todo es suposición.

Polichinela. Pues aun así no he de tolerarlo.

Pantalón. Escuchad con paciencia. Suponed que todo eso hubiera sucedido. ¿No os sería forzoso casarla?

Polichinela. ¿Casarla? ¡Antes la mataría! Pero es locura pensarlo. Y bien veo que eso quisierais para cobraros a costa mía, que sois otros tales bribones. Pero no será, no será...

Pantalón. Ved lo que decís, y no se hable aquí de bribones, cuando estáis presente.

Hostelero. ¡Eso, eso!

Polichinela. ¡Bribones, bribones, combinados para robarme! Pero no será, no será.

Doctor. No hayáis cuidado, señor Polichinela, que aunque ellos renunciaran a perseguirle, ¿no es nada este proceso? ¿Creéis que puede borrarse nada de cuanto en él consta, que son cincuenta y dos delitos probados y otros tantos que no necesitan probarse?...

Pantalón. ¿Qué decís ahora, Crispín?

Crispín. Que todos esos delitos si fueran tantos, son como estos otros... Dinero perdido que nunca se pagará si nunca le tenemos.

Doctor. ¡Eso no! Que yo he de cobrar lo que me corresponda de cualquier modo que sea.

Crispín. Pues será de los que se quejaron, que nosotros harto haremos en pagar con nuestras personas.

Doctor. Los derechos de justicia son sagrados, y lo primero será embargar para ellos cuanto hay en esta casa.

Pantalón. ¿Cómo es eso? Esto será para cobrarnos en algo.

Hostelero. Claro es; y de otro modo...

Doctor. Escribid, escribid, que si hablan todos nunca nos entenderemos.

Pantalón y Hostelero. ¡No, no!

Crispín. Oídme aquí, señor Doctor. ¿Y si se os pagara de una vez y sin escribir tanto, vuestros... cómo los llamáis? ¿Estipendios?

Doctor. Derechos de justicia.

Crispín. Como queráis. ¿Qué os parece?

Doctor. En ese caso...

Crispín. Pues ved que mi amo puede ser hoy rico, poderoso, si el señor Polichinela consiente en casarle con su hija. Pensad que la joven es hija única del señor Polichinela; pensad en que mi señor ha de ser dueño de todo; pensad...

Doctor. Puede, puede estudiarse.

Pantalón. ¿Qué os dijo?

Hostelero. ¿Qué resolvéis?

Doctor. Dejadme reflexionar. El mozo no es lerdo y se ve que no ignora los procedimientos legales. Porque si consideramos que la ofensa que recibisteis fue puramente pecuniaria y que todo delito que puede ser reparado en la misma forma lleva en la reparación el más justo castigo; si consideramos que así en la ley bárbara y primitiva del talión se dijo: ojo por ojo, diente por diente, mas no diente por ojo ni ojo por diente... Bien puede decirse en este caso escudo por escudo. Porque al fin, él no os quitó la vida para que podáis exigir la suya en pago. No os ofendió en vuestra persona, honor, ni buena fama, para que podáis exigir otro tanto. La equidad es la suprema justicia. *Equitas justicia magna est.* Y desde las Pandectas hasta Triboniano con

Emiliano Triboniano...

Pantalón. No digáis más. Si él nos pagara...

Hostelero. Como él nos pagara...

Polichinela. ¡Qué disparates son éstos, y cómo ha de pagar, ni qué tratar ahora!

Crispín. Se trata de que todos estáis interesados en salvar a mi señor, en salvarnos por interés de todos. Vosotros, por no perder vuestro dinero; el señor Doctor, por no perder toda esa suma de admirable doctrina que fuisteis depositando en esa balumba de sabiduría; el señor Capitán, porque todos le vieron amigo de mi amo, y a su valor importa que no se murmure de su amistad con un aventurero; vos, señor Arlequín, porque vuestros ditirambos de poeta perderían todo su mérito al saber que tan mal los empleasteis; vos, señor Polichinela..., antiguo amigo mío, porque vuestra hija es ya ante el Cielo y ante los hombres la esposa del señor Leandro.

Polichinela. ¡Mientes, mientes! ¡Insolente, desvergonzado!

Crispín. Pues procédase al inventario de cuanto hay en la casa. Escribid, escribid, y sean todos estos señores testigos y empiécese por este aposento. (*Descorre el tapiz de la puerta del foro y aparecen formando grupo Silvia, Leandro, doña Sirena, Colombina y la señora de Polichinela.*)

Escena Última

Dichos, Silvia, Leandro, Doña Sirena, Colombina y la Señora de Polichinela, que aparecen por el foro.

Pantalón y Hostelero. ¡Silvia!

Capitán y Arlequín. ¡Juntos! ¡Los dos!

Polichinela. ¿Conque era cierto? ¡Todos contra mí! ¡Y mi mujer y mi hija con ellos! ¡Todos conjurados para robarme! ¡Prended a ese hombre, a esas mujeres, a ese impostor, o yo mismo...!

Pantalón. ¿Estáis loco, señor Polichinela?

Leandro. (*Bajando al proscenio en compañía de los demás.*) Vuestra hija vino aquí creyéndome malherido acompañada de doña Sirena, y yo mismo corrí al punto en busca de vuestra esposa para que también la acompañara. Silvia sabe quién soy, sabe toda mi vida de miserias, de engaños, de bajezas, y estoy seguro que de nuestro sueño de amor nada queda en su corazón... Llevadla de aquí, llevadla; yo os lo pido antes de entregarme a la Justicia.

Polichinela. El castigo de mi hija es cuenta mía; pero a ti... ¡Prendedle digo!

Silvia. ¡Padre! Si no le salváis, será mi muerte. Le amo, le amo siempre, ahora más que nunca. Porque su corazón es noble y fue muy desdichado, y pudo hacerme suya con mentir, y no ha mentido.

Polichinela. ¡Calla, calla, loca, desvergonzada! Éstas son las enseñanzas de tu madre..., sus vanidades y fantasías. Éstas son las lecturas romancescas, las músicas a la luz de la luna.

Señora de Polichinela. Todo es preferible a que mi hija se case con un hombre como tú, para ser desdichada como su

madre. ¿De qué me sirvió nunca la riqueza?

Sirena. Decís bien, señora Polichinela. ¿De qué sirven las riquezas sin amor?

Colombina. De lo mismo que el amor sin riquezas.

Doctor. Señor Polichinela, nada os estará mejor que casarlos.

Pantalón. Ved que esto ha de saberse en la ciudad.

Hostelero. Ved que todo el mundo estará de su parte.

Capitán. Y no hemos de consentir que hagáis violencia a vuestra hija.

Doctor. Y ha de constar en el proceso que fue hallada aquí, junta con él.

Crispín. Y en mi señor no hubo más falta que carecer de dinero, pero a él nadie le aventajará en nobleza..., y vuestros nietos serán caballeros... si no dan en salir al abuelo...

Todos. ¡Casadlos! ¡Casadlos!

Pantalón. O todos caeremos sobre vos.

Hostelero. Y saldrá a relucir vuestra historia...

Arlequín. Y nada iréis ganando...

Sirena. Os lo pide una dama, conmovida por este amor tan fuera de estos tiempos.

Colombina. Que más parece de novela.

Todos. ¡Casadlos! ¡Casadlos!

Polichinela. Cásense enhoramala. Pero mi hija quedará sin dote y desheredada... Y arruinaré toda mi hacienda antes que ese bergante...

Doctor. Eso sí que no haréis, señor Polichinela.

Pantalón. ¿Qué disparates son ésos?

Hostelero. ¡No lo penséis siquiera!

Arlequín. ¿Qué se diría?

Capitán. No lo consentiremos.

Silvia. No, padre mío; soy yo la que nada acepto, soy yo la que ha de compartir su suerte. Así le amo.

Leandro. Y sólo así puedo aceptar tu amor... (*Todos corren hacia Silvia y Leandro.*)

Doctor. ¿Qué dicen? ¿Están locos?

Pantalón. ¡Eso no puede ser!

Hostelero. ¡Lo aceptaréis todo!

Arlequín. Seréis felices y seréis ricos.

Señora de Polichinela. ¡Mi hija en la miseria! ¡Ese hombre es un verdugo!

Sirena. Ved que el amor es niño delicado y resiste pocas privaciones.

Doctor. ¡No ha de ser! Que el señor Polichinela firmará aquí mismo espléndida donación, como corresponde a una persona de su calidad y a un padre amantísimo. Escribid, escribid, señor Secretario, que a esto no ha de oponerse nadie.

Todos. (*Menos Polichinela.*) ¡Escribid, escribid!

Doctor. Y vosotros, jóvenes enamorados..., resignaos con las riquezas, que no conviene extremar escrúpulos que nadie agradece.

Pantalón. (*A Crispín.*) ¿Seremos pagados?

Crispín. ¿Quién lo duda? Pero habéis de proclamar que el señor Leandro nunca os engañó... Ved cómo se sacrifica por satisfaceros aceptando esa riqueza, que ha de repugnar a sus sentimientos.

Pantalón. Siempre le creímos un noble caballero.

Hostelero. Siempre.

Arlequín. Todos lo creímos.

Capitán. Y lo sostendremos siempre.

Crispín. Y ahora, Doctor, ese proceso, ¿habrá tierra bastante en la tierra para echarle encima?

Doctor. Mi previsión se anticipa a todo. Bastará con puntuar debidamente algún concepto... Ved aquí: donde dice... «Y resultando que si no declaró...», basta una coma, y dice: «Y resultando que sí, no declaró...» Y aquí: «Y resultando que

no, debe condenársele...», fuera la coma, y dice: «Y resultando que no debe condenársele...»

Crispín. ¡Oh, admirable coma! ¡Maravillosa coma! ¡Genio de la Justicia! ¡Oráculo de la Ley! ¡Monstruo de la Jurisprudencia!

Doctor. Ahora confío en la grandeza de tu señor.

Crispín. Descuidad. Nadie mejor que vos sabe cómo el dinero puede cambiar a un hombre.

Secretario. Yo fui el que puso y quitó esas comas...

Crispín. En espera de algo mejor... Tomad esta cadena. Es de oro.

Secretario. ¿De ley?

Crispín. Vos lo sabréis que entendéis de leyes...

Polichinela. Sólo impondré una condición. Que este pícaro deje para siempre de estar a tu servicio.

Crispín. No necesitáis pedirlo, señor Polichinela. ¿Pensáis que soy tan pobre de ambiciones como mi señor?

Leandro. ¿Quieres dejarme, Crispín? No será sin tristeza de mi parte.

Crispín. No la tengáis, que ya de nada puedo serviros y conmigo dejáis la piel del hombre viejo... ¿Qué os dije, señor? Que entre todos habían de salvarnos... Creedlo. Para salir adelante con todo, mejor que crear afectos es crear intereses...

Leandro. Te engañas, que sin el amor de Silvia, nunca me hubiera salvado.

Crispín. ¿Y es poco interés ese amor? Yo di siempre su parte al ideal y conté con él siempre. Y ahora, acabó la farsa.

Silvia. (*Al público.*) Y en ella visteis, como en las farsas de la vida, que a estos muñecos como a los humanos, muévenlos cordelillos groseros, que son los intereses, las pasioncillas, los engaños y todas las miserias de su condición: tiran unos de sus pies y los llevan a tristes andanzas; tiran otros de sus manos, que trabajan con pena, luchan con rabia, hurtan con astucia, matan con violencia. Pero entre todos ellos, desciende a veces del cielo al corazón un hilo sutil, como tejido con luz de sol y con luz de luna, el hilo del amor, que a los humanos, como a estos muñecos que semejan humanos, les hace parecer divinos, y trae a nuestra frente resplandores de aurora, y pone alas en nuestro corazón y nos dice que no todo es farsa en la farsa, que hay algo divino en nuestra vida que es verdad y es eterno y no puede acabar cuando la farsa acaba.

Freeditorial